



RACINES FRANÇAISES
au MEXIQUE

LOS CUADERNOS DE RFM

¿Franceses en la Guerra de Independencia de México?



Gabriel Auvinet

Nº 7

Diciembre 2010

APRENDE FRANCÉS EN MÉXICO



2011

Cursos y Talleres de Francés en el CCC-IFAL



facebook
Grupo
CCC-IFAL

Mensuales y Sabatinos

¡Inscríbete ya!

¡Llama ya! al (55) 5566 0777 al 80

Río Nazas n°43
Col. Cuauhtémoc
06500 México D.F.

www.ambafrance-mx.org

¿Franceses en la Guerra de Independencia de México?



Gabriel Auvinet

Conferencia dada en la sede de Raíces Francesas en México
el 28 de septiembre de 2010.

INDICE.

Prefacio de S. E. el señor Daniel PARFAIT, Embajador de Francia en México.....	p. 3
1810-2010, ¡dos siglos ya! Jacques PAIRE, Presidente de Raíces Francesas en México, A.C.....	p. 4
Prefacio, Gabriel AUVINET.....	p. 5
¿Franceses en la guerra de independencia de México?.....	p. 6
Bibliografía.....	p. 20
Anexo.....	p.21



Como cada año, es un placer para mí presentar el nuevo cuaderno de Raíces Francesas en México. Naturalmente, una Asociación con tanto arraigo en la cultura y la historia mexicanas debía aportar su contribución a las conmemoraciones de 2010.

Si bien la influencia de Francia en México y, de modo peculiar, la del Siglo de las Luces y la Revolución a menudo ha sido objeto de estudio por parte de historiadores de los dos continentes, el papel que los franceses desempeñaron en la Nueva España durante la guerra de Independencia (1810-1821) es mucho menos conocido.

Tal es el campo de investigación al que se ha dedicado Gabriel Auvinet quien nos lleva a descubrir el papel que agentes franceses de la talla de Octave d'Alvimar, Joseph Desmolard, Jean Humbert o bien Jacques Athanase d'Amblimont desempeñaron en América. Sin embargo, la evocación de las etapas que condujeron a la Independencia no se limita a un recordatorio de sus principales episodios ya que, gracias a este estudio, podemos saber también cómo se fueron forjando los vínculos de amistad franco-mexicanos entre generales mexicanos y opositores a Napoleón I^o. Alternando anécdotas y grandes momentos, este número propone una mirada distanciada acerca de la historia entrecruzada de Francia y México

Deseo agradecer a Raíces Francesas en México y de manera especial a su presidente, el señor Jacques Paire, por seguir explorando año tras año esas áreas tan desconocidas de la riqueza que caracteriza las relaciones entre nuestros dos países.

Daniel PARFAIT

Embajador de Francia

1810 – 2010, ¡dos siglos ya!

México conmemora doscientos años del inicio de la lucha de independencia, circunstancia idónea para que Raíces Francesas en México, siempre interesada en rescatar y divulgar la memoria de la comunidad francesa, celebre sus primeros siete años de vida estudiando un pasaje poco explorado de la historiografía nacional: ¿Franceses en la guerra de independencia de México?

El tema invita a la aventura y sólo resta dejarnos llevar una vez más por la pluma amena y experta de Gabriel Auvinet. Quienes hayan presenciado sus conferencias saben que, además de un destacado ingeniero y docente, la Historia es, como se dice en francés, su *violon d'Ingres*, una auténtica pasión que cultiva con su esposa. Siempre dispuesto a compartir el resultado de sus pacientes pesquisas, éste es el tercer Cahier RFM que firma, después de aquel primer número dedicado a *Alphonse Dano, ministro plenipotenciario en la época de Maximiliano*, publicado en 2004, al que siguió, tres años después, la *Crónica de la comunidad francesa de Jicaltepec-San Rafael*. En lo personal, me alegro por una colaboración tan fructífera y sostenida que remonta a la génesis de nuestra asociación.

Jacques Paire

Presidente de Raíces Francesas en México, A.C.

Prefacio

En este año 2010, México celebra un doble aniversario: el del 16 de septiembre de 1810, fecha en que dio inicio la insurrección de Miguel Hidalgo -que marcó el primer paso hacia la Independencia- y el de su gran Revolución, que estalló tras el llamamiento de Francisco I Madero el 20 de noviembre de 1910.

Los franceses que residen en México, o que simplemente se interesan por este país, no pueden permanecer indiferentes ante las múltiples manifestaciones políticas y culturales que se han organizado para la ocasión. Y tal indiferencia no tendría cabida dado que hoy se reconoce que algunos de sus compatriotas tuvieron participación en estos acontecimientos cuyo bicentenario y centenario habrán de celebrarse respectivamente.

En esta breve publicación nos proponemos examinar, precisamente, el papel que Francia y algunos de sus ciudadanos desempeñaron en la Guerra de Independencia de 1810 a 1821. De hecho, la importancia de dicho papel resulta evidente ya que, como es bien sabido, la ocupación de España por los ejércitos de Napoleón I permitió que se dieran en la Nueva España las condiciones propicias para la emancipación. La participación directa de ciudadanos franceses en la Guerra de Independencia de México, aunque en parte resulta algo misteriosa, ha quedado bien establecida y ha sido reconocida por los más prestigiados historiadores.

De modo que, lejos de despertar viejos resentimientos, la evocación de este periodo debería de provocar un acercamiento entre mexicanos y franceses, si se considera que, al menos en circunstancias muy precisas, unos y otros combatieron hombro con hombro en la lucha que dio origen al México independiente actual.

Gabriel Auvinet

¿Franceses en la guerra de independencia de México?

El balance del año 1805 resultaba muy contrastante para el emperador Napoleón I. A la derrota de la flota franco-española en Trafalgar, el 21 de octubre, le había seguido, unas semanas más tarde, la brillante victoria de Austerlitz, el 2 de diciembre. No obstante, su problema seguía siendo el mismo: el control de los mares se hallaba en manos de los ingleses y era preciso entonces reforzar el bloqueo continental que cerraba todos los puertos de Europa a las exportaciones británicas.

En virtud de que Portugal seguía recibiendo a los barcos británicos, se tomó la decisión de invadir este país pero, para ello, el ejército imperial tenía que atravesar España. Desde el advenimiento de Felipe V de Borbón, nieto de Luis XIV, “no existían ya los Pirineos” y, durante todo el siglo XVIII, las relaciones entre Francia y España habían sido cordiales y en repetidas ocasiones se habían firmado “pactos de familia” (1733, 1743, 1761). Desde luego, las relaciones se enfriaron con la muerte de Luis XVI llegando incluso España a declarar la guerra a Francia, pero aquellas volvieron a tomar su curso normal con los acuerdos de San Ildefonso (1796) y Aranjuez (1800) mediante los cuales España se aliaba con la República Francesa en contra de los ingleses con la esperanza de recuperar Gibraltar. Napoleón y el viejo rey Carlos IV de España arreglaron rápidamente el asunto, llegando a un acuerdo para repartirse Portugal (Tratado de Fontainebleau, 27 de octubre de 1807). Cerca de cien mil hombres cruzaron los Pirineos. Con todo, la presencia de tropas francesas en España causó suma preocupación al ministro y favorito de la reina, Manuel Godoy, y a todos los liberales.

Una parte mayoritaria de la nación, profundamente católica, conducida por sacerdotes y monjes, había visto en la Revolución Francesa una obra del infierno. El emperador no era más que un acólito de Satanás y los franceses unos herejes. En un catecismo español podía leerse: “Se puede ganar el cielo si se da muerte a uno de esos perros” (Reinach, 1921).

Corrió el rumor de que Carlos IV huiría a la Nueva España, pero estalló una revuelta en Aranjuez que lo obligó a abdicar en favor del infante Fernando (19 de marzo de 1808). Napoleón, pretendiendo actuar entonces como árbitro entre el padre - que se había arrepentido de su abdicación- y el hijo, que seguía proclamándose rey, reunió a ambos en Bayona. Luego de una atroz discusión familiar, Napoleón obligó al hijo a restituir la corona y al padre a despojarse de ella en favor suyo.

Mientras tanto, Madrid se había rebelado. La insurrección del “dos de mayo”, pese a la enérgica represión de Joachim Murat, fue la señal del levantamiento general desde Asturias hasta Andalucía.

El mismo Napoleón proclamó a su hermano José Rey de España y de las Indias “con el fin de asegurar la felicidad de España” (6 de junio)

Fernando fue enviado al exilio en el castillo de Valençay en donde fue el huésped forzado de Talleyrand hasta 1813. Fernando, de quien su propia madre, la reina María.Luisa, decía que era un bastardo incapaz de reinar, le escribió a José para felicitarlo por su advenimiento al trono y un poco más tarde suplicó al emperador, “su augusto soberano”, que le concediera “la dicha de su vida” ¡adoptándolo!



Fernando VII (Sierra et al., 1902)

Un puñado de altos funcionarios, grandes señores y gente de la corte, reunidos apresuradamente en Bayona ratificaron el decreto de Napoleón. Algunos de ellos veían en esto una oportunidad para introducir reformas por las que habían esperado mucho tiempo, en particular en lo referente al papel de la Iglesia, de modo que acogieron con cierta complacencia, inclusive con algo de entusiasmo al nuevo monarca, lo que les valió el sobrenombre de “afrancesados”. A pesar de ello, la vieja España profunda se mostró digna de su pasado y emprendió una implacable guerra nacional de liberación. Los españoles levantaron “guerrillas” por todas partes. Tras haber fracasado frente a Cádiz, el general francés Dupont se vio cercado en los desfiladeros de Sierra Morena y tuvo que capitular en Bailén (julio de 1808). Las juntas locales se reagruparon rápidamente en una Junta Suprema Central y Gubernativa constituida en Aranjuez el 25 de septiembre de 1808. José tuvo que salir de Madrid y no pudo instalarse de nuevo en la capital sino hasta después de la campaña que el propio Napoleón I libró durante dos meses a la cabeza de 80 mil viejos soldados de la “Grande Armée” (noviembre-diciembre de 1808). La Junta Central se refugió en Sevilla y más tarde, al transformarse en regencia, en Cádiz, donde pudo contar con la protección de la marina inglesa y organizar una asamblea (las Cortes) a la cual fueron invitados los representantes de las posesiones españolas de América.

Todos estos acontecimientos eran seguidos muy de cerca, aunque con algo de retraso, desde las posesiones españolas de América y en particular desde la Nueva España. El virrey José Iturrigaray había recibido documentos en los cuales Godoy acusaba a Fernando VII de parricidio; también habían llegado hasta él algunos rumores sobre el motín de

Aranjuez, de manera que celebró con gran reserva el advenimiento al trono de Fernando VII. El 23 de junio recibió la increíble noticia de que los franceses habían ocupado España casi por completo y de que habían designado a Murat como lugarteniente general del reino. Los números de la Gaceta de Madrid del 13, 17 y 20 de mayo contenían el relato de la abdicación y sumisión de los monarcas con todo lo que esto implicaba para las Américas. El 26 de julio, con la llegada del navío *Esperanza* fue posible saber que España se había sublevado contra los franceses, noticia que el virrey publicó y difundió ampliamente y que el 29 por la mañana se celebró con salvas de artillería y el repique de las campanas en las iglesias (Bustamante, 1826).

La goleta francesa "La Vaillante", que el 10 de agosto de 1808 hizo su arribo frente al puerto de Veracruz, fue recibida a cañonazos y desarmada. Charpentier, su capitán, fue encarcelado en el fuerte de San Juan de Ulúa (Génin, 1930; Penot, 1975).

Las reacciones ante tales noticias distaban mucho de ser unánimes. Al sentir que soplaba el viento del cambio, un gran número de criollos tuvo la osadía de sugerir que ante la desaparición de una monarquía legítima, se devolviera el poder a aquel del cual emanaba; y este era, a su parecer, el pueblo o sus representantes. El 5 de agosto de 1808, el ayuntamiento de la ciudad de México propuso al virrey José de Iturrigaray que convocara a una junta de ciudadanos a quienes se confiaría el gobierno durante ese periodo de transición y que al mismo tiempo preservara la futura soberanía de Fernando VII. Dicho movimiento, dirigido por Francisco Primo de Verdad, Azcárate y Melchor Talamantes, y que el virrey veía más bien con buenos ojos, encontró resistencia en las opiniones conservadoras de los españoles que temían por sus privilegios. El 15 de septiembre, un grupo de conspiradores, en su mayoría pertenecientes a las grandes casas de comercio y dirigidos por Gabriel de Yermo, rico hacendado español, provocó un golpe de Estado. El virrey Iturrigaray fue detenido y en su lugar la Real Audiencia nombró al octogenario militar Pedro Garibay quien reconoció a la Junta Central de España. Primo de Verdad, encerrado en la prisión del palacio episcopal, murió ahí mismo el 4 de octubre de 1808, seguramente víctima de un envenenamiento.



Francisco Primo de Verdad (Sierra et al., 1902)

Los movimientos criollos no se limitaron a la capital ya que en septiembre de 1808 se descubrió el complot de Valladolid (hoy Morelia) dirigido por el capitán José María Obeso y José Mariano Michelena. Su plan consistía en formar una asamblea constituida por los representantes de las ciudades y que estuviera encargada de preservar la soberanía nacional. Se había previsto un levantamiento para finales de 1809. La represión fue moderada pero aun así le valió a Michelena el ser remitido por un tiempo al terrible fuerte de San Juan de Ulúa.

Desde luego, la conspiración urdida por el doctor Manuel Iturriaga, el cura Miguel Hidalgo y el capitán Ignacio Allende, así como la epopeya que de ella se derivó fueron las que dejaron la huella más perdurable en la historia de México.

Las opiniones parecen coincidir hoy día en cuanto al hecho de que una o varias de estas tres personas se pusieron en contacto con agentes de José o de Napoleón Bonaparte. En efecto, luego de haber considerado por un momento que las Américas españolas debían quedar bajo el dominio de su hermano, Napoleón decidió favorecer los movimientos separatistas que podían retirar su apoyo a la Junta Central; el 12 de diciembre, hizo oficial esta postura en una declaración al cuerpo legislativo. Entre los agentes del imperio en América, diversos autores (Bustamante, Del Castillo, Zárata, Génin) citan al general francés Octave d'Alvimar, llegado a México en 1808.

D'Alvimar (y no Almibar, como lo señala en tono humorístico Auguste Génin), que en junio de 1802 había participado en la expedición Leclercq en Santo Domingo, se habría introducido a la Nueva España por la frontera norte y se habría reunido con Hidalgo en Dolores y con Allende en San Miguel el Grande. Llevaba consigo un pasaporte emitido en Burdeos el 25 de noviembre de 1807. Más tarde, habría sido detenido en Nacodoches (Tejas, que era de México por aquel entonces) el 5 de agosto de 1808. Encarcelado en Monclova, se le habría encerrado luego en el fuerte de Perote el 27 de enero de 1809. Tras haber confiscado su equipaje, se le habría puesto en libertad. La Junta Central de España (convertida en Regencia) lo acusó de espionaje pero la orden para detenerlo llegó a México después de que había partido hacia Europa. Bustamante sostiene que sus fuentes acerca de este personaje las obtuvo de un comunicado oficial del virrey Garibay a la Junta Central de España.

Según un relato del historiador yucateco Eligio Ancona, retomado por Justo Sierra, un segundo agente de Bonaparte habría llegado a Sisal en Yucatán en 1808, a bordo de una goleta americana, "La Bonne Intention". Se trataba de un joven que obedecía al nombre de Gustave Nordhing de Witt y que pidió una entrevista secreta al gobernador Pérez Valdelomar. Traía consigo una carta de recomendación de Miguel José de Azanza, ministro de José Bonaparte. Interrogado sobre su misión, Nordhing afirmó que esta no tenía otro fin más que el de estrechar los lazos entre las Américas y la metrópoli. Temiendo verse comprometido, el gobernador lo mandó detener. Un tribunal acusó al joven aventurero de querer sublevar a Yucatán en contra del gobierno legítimo de la metrópoli. Fue ejecutado el 12 de noviembre de 1810.

Todas las etapas de la rebelión de Miguel Hidalgo e Ignacio Allende son bien conocidas. El mismo Iturriaga denunció el complot a su confesor, ante la inminencia de la muerte, que se lo llevó el 14 de septiembre. Algunos de los miembros de la conjuración fueron detenidos pero, tal como lo saben todos los jóvenes alumnos de las escuelas mexicanas, la esposa del corregidor de Querétaro, Josefa Ortiz de Domínguez, logró prevenir a Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano Abasolo de que los habían descubierto y corrían grave peligro. Esta noticia obligó a Hidalgo a tomar la iniciativa y a convocar a los habitantes de Dolores durante la noche del 15 al 16 de septiembre, haciendo repicar las

campanas de la iglesia: la religión, según él, se hallaba en peligro y era preciso defenderla contra el gobierno y los españoles. Por la mañana habían reunido a cuatro mil hombres y se ordenó detener a los españoles de los pueblos circundantes y embargar sus bienes.



Miguel Hidalgo y Costilla (Sierra et al., 1902)

Nacido el 8 de mayo de 1753 en la hacienda de Corralejo, cerca de la pequeña ciudad de Pénjamo, Hidalgo era un eclesiástico ilustrado, ex rector del colegio de San Nicolás en Valladolid. En su calidad de cura de San Felipe Torres Mochas, tuvo contacto con las clases populares. No existe plena certeza de que haya recibido la influencia progresista de los enciclopedistas franceses; lo que sí se sabe es que tradujo y montó la obra El Tartufo de Molière y que tuvo una agitada vida sentimental que por momentos lo alejó de la vida religiosa. Antonio Serrano relata lo anterior con talento en su película reciente: «Hidalgo: La historia jamás contada».

La arenga de Hidalgo se conoce con el nombre de “Grito de Dolores”. Se desconoce el contenido exacto de este apasionado discurso y existen múltiples versiones del mismo escritas, en su mayoría, mucho después del acontecimiento (Herejón, 2009). Lo único que se puede afirmar es que ciertamente no incluía la exclamación “¡Viva México!”, ya que en aquella época el nombre de México hacía referencia a la capital y no al país que todavía no existía.

Una muchedumbre, a la que se atribuyeron los gritos de “¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Muera el mal gobierno! ¡Mueran los gachupines (españoles)!” se congregó con prontitud a las puertas de la ciudad de San Miguel el Grande donde el Regimiento Provincial de la Reina y una parte de la infantería de Celaya se asociaron al movimiento. El 18 de septiembre, se dirigieron a Celaya pasando por el santuario de Atotonilco, donde adoptaron un estandarte con la imagen de la virgen de Guadalupe que colocaron a la cabeza de la rebelión, con lo que esta última tomó un carácter de procesión.

Numerosos historiadores han asociado estos hechos con el contenido de una carta atribuida a José Bonaparte en la que este último daba instrucciones a sus agentes franceses en América - y en particular a un tal Joseph Desmolar (o Desmolarde), agente principal en Baltimore- para que

apremiaran a las posesiones españolas de América a lograr su independencia. Esta carta, que reproducimos en anexo, resulta desconcertante ya que parece sugerir que la insurrección de Dolores siguió casi al pie de la letra un plan preestablecido por Bonaparte. El gran historiador y estadista José María Luis Mora se sorprende, por ejemplo, de que en las instrucciones de Bonaparte aparezca la frase: “¡Viva la religión católica, apostólica y romana y muera el mal gobierno!” utilizada por los insurgentes. El contenido de esta carta, que fue publicada en España, luego en Inglaterra y en Estados Unidos, demuestra que su autor conocía de manera muy profunda la América española. Sin embargo podría tratarse de una falsificación, tal como lo afirma Llorente (1820), escrita probablemente a posteriori para privar de toda legitimidad a la insurrección de Hidalgo. Cabe subrayar que las afirmaciones de Llorente tampoco parecen ser muy fidedignas puesto que llegó al extremo de pretender, contra múltiples evidencias, que Desmolard nunca había existido.

Se sabe que Joseph Desmolard reclutó a numerosos agentes franceses que, encubiertos como comerciante, marineros o cocineros –y provistos de pasaportes norteamericanos- operaron desde México, Nueva Orleans y California. En vista de que Desmolard sólo obtuvo mediocres resultados, fue sustituido por Jacques Athanase d’Amblimont quien libró una lucha subterránea y encarnizada contra Luis de Onís, representante de la junta española en Filadelfia (Dénecé, 2008).

Se ha dicho que los escritos de los agentes de Desmolard fueron quemados públicamente por el arzobispo de México, Francisco Javier de Linazar et Beaumont, sucesor de Garibay y virrey del 16 de septiembre de 1808 al 19 de julio de 1809. Es poco verosímil que esto haya sucedido puesto que Desmolard solamente llegó a Estados Unidos en noviembre de 1809.

El 27 de abril de 1810, Luis de Onís le comunicó al virrey una lista de agentes de Napoleón entre los que se encontraban Desmolard y d’Amblimont: “Mayo de 1809: Don Manuel de Iuca Jupanguez; julio de 1809: Navarro y Miguel Rodríguez Alemán y Peña, ejecutado poco después en la Habana; octubre de 1809: Belmont; noviembre de 1809: Capitán Desmolard o Dumalar; enero de 1810: Juan Montes y Ferrera; marzo de 1810: Sr. Savajot, criollo de Santo Domingo; por la misma época: Sr. Lestique al igual que Leroy, Larue, Larmo, Frere, Charles, Louis Dupar, Lafont et Geofr; diciembre de 1810: Le Grefé, Carlos Jasso (italiano) y Talanar (turco); febrero de 1811: Jacques Athanase Damblimont y Ledreznech.; agosto de 1811: José Estolique; diciembre de 1811: Pedro, sacerdote mexicano. En total 24 nombres”. De Onís añadió a esta lista muchas descripciones de personas sospechosas de ser emisarios de Napoleón o de José Bonaparte. En 1911, Carlos Villanueva agregó, con base en documentos del Foreign Office, los nombres de Antonio Rentería, Antonio Serrano, Manuel Agudo de los Ríos, Torquato Medina, Anselmo Rodríguez, Hipólito Mendieta, Sebastián Solórzano, Santiago Parreño, Ignacio Saldívar y Estebán Romero.

Tras el saqueo de Celaya, donde Hidalgo fue nombrado “Capitán de América”, el tropel de amotinados se dirigió a Guanajuato. El 27 de septiembre por la tarde, las tropas acamparon frente a la ciudad. Fue al día siguiente, el 28, cuando se suscitaron los dramáticos acontecimientos de todos bien sabidos. La toma por parte de los insurgentes de la Alhóndiga de Granaditas -un almacén de granos construido en el centro de la ciudad y donde se habían refugiado los españoles que ahí vivían-, fue el primer episodio violento, aunque no el último, de esta larga marcha que no deja de recordarnos la terrible *Virée de Galerne* de los rebeldes de la provincia de la Vendée, Francia, en 1793.

El constructor y defensor español de la Alhóndiga, el intendente Juan Antonio Riaño, que encontró la muerte en este hecho, ¡había comido poco tiempo antes con Miguel Hidalgo y el obispo de Michoacán, Manuel Abad y Queipo!

El 17 de octubre, la tropa de Hidalgo entró triunfante a Valladolid y el 28 del mismo mes a Toluca desde donde amenazaba la capital. Esta amenaza se hizo aún más clara tras la victoria de Hidalgo y Allende sobre el general español Torcuato Trujillo, que tuvo lugar el 30 de octubre en el Monte de las Cruces. Se sabe, sin embargo, que por razones hasta el momento mal elucidadas, y después de acercarse hasta Cuajimalpa, puerta de la ciudad de México, Hidalgo renunció a entrar a la capital y decidió regresar a Guanajuato. En el camino lo esperaba el general Félix María Calleja quien lo derrotó el 7 de noviembre en Aculco. Las tropas vencidas se dividieron. Allende partió a Guanajuato e Hidalgo a Valladolid.

Le correspondió a un ingeniero minero del estado mayor de Hidalgo, José Mariano Jiménez, negociar, sin éxito, la rendición de la capital con el nuevo virrey Francisco Javier Venegas y Saavedra, que había llegado a México el 14 de septiembre de 1810, es decir dos días solamente antes del “Grito de Dolores”.

A raíz de la frustración, el movimiento se tornó más violento. La historia le reprochará a Hidalgo las despiadadas masacres de españoles llevadas a cabo cerca de Valladolid, en la barranca de La Batea y en el Cerro del Molcajete.

José Antonio Torres (El “amo” Torres), partidario del movimiento, había ocupado Guadalajara el 11 de noviembre, Hidalgo decidió entonces salir de Valladolid el 17 del mismo mes para dirigirse a aquella ciudad. El 24 de noviembre Calleja recuperó Guanajuato.

Tras haber detenido a doscientos sospechosos de haber participado en los hechos del 28 de septiembre, Calleja literalmente ordenó que fueran diezados (uno de cada diez fue fusilado, es decir que hubo veinte víctimas), luego repitió la operación (dieciocho víctimas más). Fue entonces cuando perdieron la vida varios ingenieros de minas que habían participado en el movimiento de insurrección fabricando armas y cañones con el metal proveniente de Coalcomán y que habían organizado la defensa de la ciudad de Guanajuato. Rafael Dávalos, detenido el 25 de noviembre de 1810 fue fusilado por la espalda en el patio de la Alhóndiga de Granaditas al día siguiente. Casimiro Chovell, a quien Hidalgo había nombrado coronel del ejército insurgente, fue detenido por la tarde del 28 de noviembre de 1810 con otros alumnos del Colegio de Minería y fue ahorcado junto con su colega Ramón Fabié frente a la puerta de la Alhóndiga también. Sus nombres figuran con letras de oro en los linteles del peristilo, dentro del patio del Palacio de Minería en México (Auvinet, 2009). Calleja trasladó a México el gran cañón fabricado por los jóvenes ingenieros al que se le había dado el nombre de « Defensor de la patria »

A partir del 13 de diciembre, Hidalgo llevó a cabo en Guadalajara varias masacres similares a las de Valladolid pese a las protestas de Allende y Abasolo. El torero Marroquín se encargó de realizar numerosas ejecuciones en la barranca del Salto.

El 17 de diciembre, los insurgentes se enfrentaron con Calleja en una decisiva y nutrida batalla en el Puente de Calderón, cerca de Guadalajara. Las tropas más disciplinadas y mejor organizadas de Calleja resultaron victoriosas, obligando a las de Hidalgo y Allende a buscar refugio en el norte. A su paso, la larga peregrinación de los vencidos atravesó Aguascalientes, la hacienda del Pabellón, Zacatecas, Salinas, Charcas, Venado y Matehuala. Con la idea de que más al norte encontrarían adeptos a su causa, los principales jefes de la rebelión se reagruparon en catorce carruajes y, el 11 de marzo, partieron de Saltillo hacia Monclova, dejando el mando de las tropas a Ignacio López Rayón. El convoy cayó en una emboscada urdida por un tal Ignacio Elizondo, traidor a la causa de los insurgentes, en Acatita de Baján el 21 de marzo. Los prisioneros fueron

llevados a Monclova y después a Chihuahua donde se juzgó y ejecutó a la mayoría de ellos. El 31 de julio, Miguel Hidalgo fue pasado por las armas.

Durante su proceso en Chihuahua, Hidalgo habría reconocido que estuvo en contacto con agentes de Bonaparte y en particular con D' Alvimar.

Dos ingenieros de minas insurgentes, José Mariano Jiménez y Vicente Valencia capturados en Acatita de Baján con el resto del grupo, fueron ejecutados en Chihuahua con Ignacio Allende y Juan Aldama.

Gracias a la intervención de su joven esposa española, que argumentó que se había opuesto a las masacres de Hidalgo, Mariano Abasolo escapó a la pena de muerte y fue enviado a España donde falleció poco después.

Con gran destreza, Ignacio López Rayón, que había quedado a la cabeza de las tropas privadas de sus principales jefes, logró encauzar la situación de los insurgentes al recuperar Zacatecas de manos de los españoles e instalarse en Zitácuaro donde estableció una Suprema Junta Nacional Gubernativa. De los numerosos episodios bélicos de esta época, cabe mencionar la batalla de Zitácuaro del 2 de enero de 1812 en la que se enfrentaron López Rayón y Félix María Calleja. Luego de sufrir una derrota a manos de este último, López Rayón tuvo que replegarse en Sultepec.

El 19 de marzo de 1812, las Cortes de Cádiz aprobaron una nueva constitución, que se inspiró en gran medida en las constituciones francesas de 1793 y 1795. A esta constitución es a la que se hace alusión cuando uno suele referirse a la plaza central de México con el nombre de "Plaza de la Constitución", aunque sea mejor conocida bajo el nombre popular de "Zócalo".

Por esta época comenzó a cobrar importancia la legendaria figura del abad José María Morelos, que en un principio estuvo encargado de extender la rebelión hacia el sur. Distanciándose después claramente de López Rayón, se convirtió en el verdadero jefe de una larga guerra de insurrección que dirigió durante casi cinco años. La estrategia de Morelos consistió en dividir su ejército en varios cuerpos -dirigidos por personajes tales como Mariano Matamoros, los hermanos Galeana, la familia Bravo, Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero, Manuel Mier y Terán- así como en continuar con una política de guerra total en el centro y sur del país.

Se sabe que al lado de Morelos se encontraba el general francés Panis. El único dato del que se dispone sobre este misterioso personaje: es que pertenecía a los sulpicianos.

Sería muy largo detallar aquí las múltiples campañas de Morelos que lo llevaron de Carácoaro hasta Acapulco, Oaxaca y Orizaba y le permitieron, en determinado momento, controlar un enorme territorio. El episodio más notable fue sin lugar a dudas el prolongado sitio de Cuautla, del 19 de febrero al 12 de mayo de 1812, donde de forma brillante Morelos logró escapar a las garras del incansable Calleja. Morelos, Matamoros, Galeana y Bravo sufrieron en 1813 un importante revés en Lomas de Santa María, al tratar de adueñarse de la ciudad de Valladolid defendida por Agustín de Iturbide.



José María Morelos (Sierra et al., 1902)

Para la fabricación de sus municiones, Morelos contaba con un norteamericano llamado Peter Ellis Bean. Este último fue encargado de conseguir fondos y negociar la compra de armas. Se puso en contacto con el general francés Jean-Joseph Humbert, refugiado en los Estados Unidos después de la caída del imperio. Humbert planeaba por su parte invadir Texas con la ayuda de los hermanos Pierre y Jean Lafitte cuyos barcos realizaban diferentes actividades de contrabando entre la Nueva Orleans y los puertos de Boquillas de Piedra y Nautla en la costa de Veracruz. En 1814, Humbert, a bordo de uno de los barcos de Lafitte "The Tigre" desembarcó en Nautla y propuso a los insurgentes participar en su revolución. Tuvo ahí un encuentro con Peter Ellis Bean y, después de diversas peripecias, salió con él hacia la isla de Baratoría, cerca de la Nueva Orleans, donde los Lafitte tenían su cuartel general. El nombre de Humbert pasó a la historia de Irlanda a raíz de las campañas militares por la independencia de aquel país, que llevó a cabo por orden de Napoleón.

Félix María Calleja, que según la usanza napoleónica había recibido el título de Primer Conde de Calderón, en referencia a su victoria del 17 de diciembre de 1810, ocupó el puesto de virrey a partir del 4 de marzo de 1813.

El 22 de marzo de 1814, habiendo renunciado a ocupar España por más tiempo, Napoleón devolvió la corona a Fernando VII. Sin embargo, desde hacía bastante tiempo, los criollos de la América española ya no hablaban de "conservar el poder para Fernando VII" y su regreso fue recibido sin entusiasmo. En España, la represión contra los miembros de las Cortes y otros liberales fue particularmente cruenta.

Un Congreso fue reunido por primera vez por Morelos en Chilpancingo. Esta asamblea aprobó la primera constitución mexicana en Apatzingan, el 22 de octubre de 1814.

Se sabe que, finalmente, Morelos fue hecho prisionero durante el otoño de 1815 cuando acompañaba a los diputados que deseaban trasladar la sede del Congreso a Tehuacán. Fue conducido a México, degradado por la inquisición y fusilado en Ecatepec el 22 de diciembre de 1815.

El virrey Félix María Calleja, llamado de vuelta a España el 19 de septiembre de 1816, fue reemplazado por Don Juan Ruiz de Apodaca. Este último hizo uso de inteligencia al ofrecer a los insurgentes la posibilidad de una amnistía. Un buen número de ellos, presas de la fatiga, aceptaron la oferta (alrededor de 60 mil en tres años). Entre los que se negaron a someterse, debe citarse a Guadalupe Victoria, Quintana Roo, Leona Vicario y por supuesto a Vicente Guerrero que, pese a las súplicas de su padre, enviado por el virrey, rechazó el perdón en los mismos términos que aparecen reproducidos con letras de oro en el gran salón de la Cámara de Diputados: “La patria es primero...”.



Vicente Guerrero

Hubo que esperar al año 1817 para que el movimiento de independencia cobrara ímpetu de nuevo con la expedición del joven navarro Francisco Javier Mina a México.

Mina había participado en la sublevación contra José Bonaparte en España y, herido, se le había hecho prisionero. Fue encarcelado el 25 de mayo de 1810 en el castillo de Vincennes en Francia. Fue ahí donde, en 1811, conoció al general francés Victor Fanneau de Lahorie, prisionero político de Napoleón. Aquel encuentro marcó el principio de una gran amistad. De Lahorie se convirtió en su profesor y mentor. Le transmitió sus conocimientos militares, le enseñó el idioma francés y le infundió el gusto por la libertad y la lucha contra el absolutismo. El propio Mina dirá: “Entré a Vincennes como simple guerrillero y salí de ahí como un verdadero soldado.”

Mina permaneció 4 años en Vincennes; en febrero de 1814 se le transfirió a Saumur y fue puesto en libertad en el mes de abril del mismo año. Durante los Cien-Días (20 de marzo a 22 de junio de 1815), ofreció sus servicios al rey Luis XVIII por conducto del duque de Angoulême, sin obtener respuesta. Pudo entonces pasar a España y se embarcó para Bristol.

Se sabe que Fanneau de Lahorie había sido amigo del general Hugo pero también de... su esposa. Se dice que estuvo muy cerca de ella, en ausencia de su marido, durante el largo periodo que ella pasó en el convento de las Feuillantines. Fue el padrino de su hijo Victor Hugo. De modo que no es absurdo afirmar, y no son pocos los que se atreven a dar este paso con alegre desenvoltura, que el mentor de Mina pudo haber sido el verdadero padre del gran poeta...



Francisco Javier Mina

Mina partió de Liverpool hacia Estados Unidos el 15 de mayo de 1816 en compañía de Fray Servando Teresa de Mier, teórico de la Independencia mexicana, a bordo del “Caledonia”. El barco llegó a Hampton Roads tras 47 días de viaje y luego a Baltimore, el 3 de julio.

A bordo del “Caledonia” se encontraba un considerable número de oficiales españoles, italianos e ingleses (Robinson, 1820), pero también franceses; oficiales y soldados bonapartistas que fueron hechos prisioneros en Waterloo. El capitán del barco, Coffin, era británico pero era asistido por el capitán francés Jean Jullier (Penot, 1975).

¿Hubo un encuentro entre Francisco Javier Mina y José Bonaparte, refugiado en Baltimore después de Waterloo? ¿Le propuso la corona de México a cambio de que lo apoyara? Siempre habrá historiadores dispuestos a afirmarlo.

Mina reforzó sus tropas gracias a los reclutamientos que hizo en Baltimore, Nueva York y Filadelfia, pero fue en Galvestón, con ayuda del comodoro-corsario Louis d'Aury, donde completó su expedición. El 17 de abril de 1817, desembarcó en Soto La Marina con más de 300 voluntarios y declaró que no combatía la presencia española en América sino la tiranía de Fernando VII. Aun así fue nombrado general del "Ejército Auxiliar de la República Mexicana".

Entre los franceses que acompañaban a Francisco Javier Mina, se hallaban dos personajes fuera de lo común: Jean Arago, hermano del célebre astrónomo François Arago, y Adrien Woll (o Gaul). Woll fue enviado de vuelta a la Nueva Orleans para conseguir armas y municiones (Auvinet, 2007), pero Arago participó en toda la campaña de Mina como ayudante de campo. Tanto Arago como Woll hicieron después una brillante carrera militar en México con el general López de Santa Anna.

El 24 de mayo, Mina partió hacia el interior del país donde se reunió con los insurgentes de Pedro Moreno y del padre José Antonio Torres (que no debe confundirse con el "amo" Torres). Numerosos enfrentamientos tuvieron lugar contra las tropas realistas de Pascual Liñán.

El 15 de junio, la guarnición de 130 hombres que Mina había dejado en Soto la Marina tuvo que rendirse a las tropas de Arredondo.

La artillería del fuerte de Soto la Marina era dirigida por el capitán francés Dagassan, asistido por el teniente Durand y el subteniente Thierry. Entre los prisioneros que fueron llevados a Altamira, Tampico y San Juan de Ulúa, se encontraba una francesa de apellido La Mar a la que Robinson (1820) califica de "extraordinaria amazona" que había participado a la expedición de Mina desde Galveston. Se distinguió por los cuidados que aportó a los heridos y enfermos del grupo de prisioneros. Logró escaparse y se incorporó por un tiempo a las tropas de Guadalupe Victoria pero fue capturada nuevamente por los realistas y llevada a Jalapa. Solamente fue liberada en el momento de la independencia.

Secundado por Moreno, Mina tuvo que soportar un difícil sitio de dos meses en el fuerte del Sombrero, al noreste de Guanajuato. Tras haber logrado escapar del fuerte, fue capturado por uno de los dragones de Orrantía el 27 de octubre en el rancho "El Venadito", cerca de Silao, donde Moreno encontró la muerte. El propio Mina fue fusilado el 11 de noviembre.

Tras esta victoria, el virrey Apodaca recibió el título de "Conde del Venadito", lo cual le atrajo muchas burlas (a su esposa la apodaron "la venadita").

El francés Jean Arago ocupó el lugar del cruel padre José Antonio Torres (la "ave negra" de la independencia según Guillermo Prieto) a la cabeza de los insurgentes de la provincia de Guanajuato. Poco después se benefició de la amnistía que ofrecían las autoridades.

Luego de la muerte de Mina, la insurrección parecía de nuevo condenada al fracaso. No obstante, las mentalidades habían evolucionado y la idea de la independencia estaba cada vez mejor aceptada. Entre 1817 y 1821, la marina francesa observó una "indulgente neutralidad" con respecto a México (Penot, 1975). Sin embargo, algunos episodios bélicos vieron nuevamente la participación de franceses.

El 21 de diciembre de 1817, Frédéric Antoine Lallemand fundó en la provincia de Tejas, entonces mexicana, con su hermano Dominique y 350 oficiales y emigrantes una colonia de 100,000 acres llamada « Campo de asilo » entre los ríos Norte y Trinidad, a 90 km de la costa y posteriormente,

en 1818, otro establecimiento llamado «La libertad» cerca de Galveston (actualmente “Liberty”). Su objetivo era aparentemente crear un movimiento para preparar la llegada eventual de José Bonaparte al poder. Se negoció un acuerdo con el filibustero Jean Lafitte. Los colonos escribieron una constitución de 140 artículos y, en un manifiesto, invitaron los aventureros del mundo entero a unirse a ellos. Los colonos, organizados en tres bandos bajo las órdenes de los coroneles Douarache, Sarrazin y Fournie, eran todos antiguos soldados del emperador Napoleón Ier. Construyeron un fuerte. Los gobiernos ingleses, españoles y franceses se preocuparon por este ejército que pudo haberle sido útil al ex emperador en caso de que hubiera logrado escapar de la isla de Santa Elena. Las negociaciones con el virrey Apodaca no dieron resultados y una columna española salió de San Antonio para atacarlos. Terminaron retirándose al fin del mes de julio hacia la Nueva Orleans con la ayuda de Jean Lafitte. El presidente Monroe intervino entonces a solicitud de los encargados de negocios inglés y francés. Su emisario, el comisario Graham, logró persuadir a los hermanos Lallemand, cuyos soldados se encontraban desanimados y cansados, que renunciaran a todo tipo de acción armada contra los españoles. Aceptaron esta condición en una declaración del 28 de agosto de 1818. El gobierno de Estados Unidos les ofreció entonces terrenos en Alabama cerca del río Tombigbee donde fundaron el Distrito de Marengo cuya capital fue Aigleville. Sin embargo, la mayoría de los colonos regresó a Francia bajo el ministerio Decazes de 1819 a 1820.

Un capitán francés, Hippolyte Bouchard, llegó de Buenos Aires con dos fragatas, siguió las costas de México del lado del Pacífico y desembarcó en varios puntos de baja y alta California. Entrando por Punta Pinos, saqueó la ciudad de Monterey el 20 de noviembre de 1818. Este “pirata-patriota”, cuyo lema era “Dios y libertad” se presentó también ante San Blas y Acapulco. Trató entonces de vender armas a Vicente Guerrero pero las negociaciones fracasaron.



Agustín de Iturbide (Sierra et al., 1902)

Agustín de Iturbide, el vencedor de Lomas de Santa María en 1813, se inclinó a favor de los insurgentes. Tras recibir el encargo del virrey Apodaca de perseguir a Vicente Guerrero, terminó aliándose con él (Abrazo de Acatempan). Ambos firmaron en Iguala un manifiesto el 24 de febrero de 1821 (Plan de Iguala) mediante el cual se declaraba la Independencia de México. Dicho manifiesto proponía, además de la independencia respecto de España, el reconocimiento de la religión católica como única y la igualdad y unión de los diferentes grupos sociales (las tres garantías).

La llegada a Veracruz de un nuevo jefe político supremo de la Nueva España, Juan O'Donojú y O'Ryan, no modificó en modo alguno los acontecimientos. O'Donojú tuvo que negociar con Iturbide y firmar, el 24 de agosto, los Tratados de Córdoba mediante los cuales se confirmaba y reconocía la Independencia de México. El Ejército *Trigarante* hizo su entrada triunfal a la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821. Era el fin de la Nueva España.

El acta final de independencia fue firmada el 28 de diciembre de 1821.

Con una mirada retrospectiva, y por lo que toca al periodo comprendido entre 1808 y 1821 en su conjunto, se puede decir que la participación de Francia en el movimiento de emancipación de México no fue nada despreciable y que merecería ser mejor conocida.

Bibliografía:

- Alem, Jean-Pierre, 1987, *L'Espionnage. Histoire, méthodes*, Lavauzelle, pp. 229-230.
- Auvinet, Gabriel, 2007, *Adrian Woll, un général mexicain... français*, Conferencia dada en la sede de la Asociación "Raíces Francesas en México", 23 de marzo, México D.F. Publicación pendiente.
- Auvinet, Gabriel, 2009, *Doscientos años en la Historia de la Ingeniería en México*, Revista 20/10 Memoria de las Revoluciones en México, N° 5, Otoño, RGM Medios, México, D.F., p. 145, separata.
- Bustamante Carlos María de, 1826, *Suplemento a la historia de los tres siglos de Méjico* de P. Andrés Cavo, Facsímil de la edición mexicana de 1870, publicado por la Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, A.C. en 1998, México.
- Del Castillo Emilio, 1875, *México en el siglo XIX o sea su historia desde 1800 hasta la época presente*. México, Imprenta de las Escalerillas.
- Dénécé, Eric, 2008, *L'implantation des Barcelonnettes au Mexique (1821-1950) : un exemple d'intelligence économique avant la lettre*. Note Historique N°16, 2 août.
- Génin, Auguste, 1930, *Les Français au Mexique, du XVI^{ème} siècle à nos jours*, Nouvelles éditions Argo (NEA), Paris.
- Herrejón Peredo Carlos, 2010, *Versiones del grito de Dolores y algo más*, Revista 20/10 Memoria de las Revoluciones en México, No 5, Otoño, RGM Medios, México, D.F., pp. 38-53
- Luis Mora José María, 1836, *Méjico y sus revoluciones*, Segunda parte, tercer periodo, libro primero, Librería de la Rosa, Paris.
- Llorente, J.A., 1820, *Réclamation adressée à Monsieur le directeur de la Revue Encyclopédique*. Revue Encyclopédique ou Analyse raisonnée, Tome VI, Paris.
- Penot J., 1975, *Les Français et le mouvement d'indépendance du Mexique (1808-1821)*. Nationalisme et Cosmopolitisme dans les littératures ibériques au XIX^{ème} siècle. Centre d'études ibér. et ibéro-amér., Université de Lille III, pp. 153-197.
- Reinach, Joseph, 1921, *Francia, Histoire illustrée de la France*, Librairie Hachette, Paris
- Robinson, W.D., 1820, *Memoirs of the Mexican revolutions, including a narrative of the expedition of General Xavier Mina*, Philadelphia.
- Sierra, J., et al. , 1902, *México y su evolución social*, Ballescá, México
- Un citoyen de l'Amérique méridionale, 1817, *Esquisse de la Révolution de l'Amérique Espagnole*, traduit de l'anglais, Paris, P. Mongié l'Aîné, libraire, Faubourg Poissonnière N° 18, Paris.
- Zárate Julio, 18880, *La guerra de Independencia (1808 - 1821)*, en "México a través de los siglos", Tomo III. Publicación coordinada por Vicente Riva Palacio.

Anexo

Instrucciones a M. Desmolard.

El texto que se presenta a continuación fue reproducido por José María Luis Mora en su libro *Méjico y sus revoluciones* (1836). Según él, habría sido dado a conocer en España en agosto de 1810. Otras fuentes indican que este texto fue publicado en el *Redactor General de España* (nº 129, 21 octubre 1811) y posteriormente en Inglaterra y Estados Unidos. (Se respetó la ortografía original)

Copia de las instrucciones dadas por el ministerio de José Napoleón a su encargado agente principal en Baltimore M. Desmolard, y a los demás que para ejecutar las órdenes del referido ministerio han ido á las Américas Españólas con objeto de ponerlas en revolución

“El objeto que estos agentes deben proponerse por ahora no es otro que manifestar y persuadir a los criollos de America que S. M. I. y R. sólo intentan dar libertad a un pueblo esclavizado por tantos años, sin esperar otra correspondencia por tan gran beneficio, que la amistad de aquellos naturales y el comercio en los puertos de ambas Americas, y hacer á estas independientes de Europa. S. M. les ofrece todo el auxilio que fuere necesario, especialmente tropas, y repuestos militares, habiendo ya concertado con casas fuertes de Estados-Unidos de la América del norte el que les provean de estos objetos. Los emisarios o agentes en jefe, como que deben conocer los distritos a que se hallan destinados, igualmente que el carácter de sus habitantes, no hallaran dificultad en escoger personas o proposito, y en darles las instrucciones necesarias para persuadir al pueblo y manifestarle las ventajas que sacará de sacudir el yugo español. Llamaran su atención a las grandes sumas que quedaran circulando en América si se suspenden las abundantes remesas que se hacen continuamente a España. Que el comercio se aumentará, y sus puertos se abriran a todas las naciones extranjeras. Insistiran en las ventajas que sacaran de la libertad de la agricultura y del cultivo de todos los objetos que tiene prohibido el gobierno español; v. g. azafrañes, cañamo, lino, olivares, viñas, etc. El beneficio que les resultará del establecimiento de fábricas de todas clases; la gran satisfacción y ventajas de abolir los monopolios de tabaco, polvora, papel sellado, etc.

Para lograr esto con facilidad, supuesto que la mayor parte de aquellas gentes son bárbaras, los agentes deberan tratar con empeño de hacerse amigos de los gobernadores, intendentes, curas y preladados. No perdonaran gastos ni medio alguno de ganarles la voluntad y especialmente a los eclesiasticos, a los que deberán convencer a que muevan y persuadan a los penitentes en el confesonario que necesitan un gobierno independiente, y que no deben perder la ocasión oportuna que se les presenta, y que el emperador Napoleón les ofrece; haciendo creer al mismo tiempo al pueblo que Napoleón ha sido mandado por Dios para castigar el orgullo y la tiranía de los monarcas, y que es pecado mortal imperdonable el resistir a la voluntad de Dios.

En todas ocasiones les recordaran la opresión que sufren por parte de los Españoles, el modo vil con que los tratan, y la humillacion a que se hallan expuestos. También pintarán circunstanciadamente a los Indios las crueldades que los Españoles cometieron en la conquista, y las indignidades a que se propasaron con sus lejitimos soberanos, destronandolos, quitándoles la vida, o haciendolos esclavos. Pintaran a los criollos los actos de injusticia que sufren diariamente cuando pretenden empleos, los cuales dan los vireyes y gobernadores a los que les adulan o les pagan mejor, escluyendo a los que tienen merito. Fijaran la atención del pueblo sobre el gran numero de naturales y gente de merito, comparandolos con los empleos civiles y eclesiásticos españoles, con lo que les haran palpables los agravios que sufren, y podran hacer un paralelo entre los talentos y meritos de los criollos y de los empleados europeos. Les pondran ante los ojos la diferencia que hay entre los Estados-Unidos y la América española, los bienes que disfrutan aquellos, sus progresos en el comercio, agricultura y navegación, y el placer que es vivir libres del yugo europeo, y estar dependiente solo de un gobierno patriótico y electivo. Les aseguraran que si la América llega a libertarse de España será la lejisladora de Europa.

Todos los ajentes, así los principales como los subordinados, deben especificar los nombres de los que declaren amigos y partidarios de la libertad; y los ajentes subalternos deben remitir estas listas a sus principales, quienes informarán de ellas al enviado en los Estados-Unidos para su inteligencia, y para que se pueda premiar a todos segun sea justo.

Los ajentes se abstendrán de declarar contra la Inquisición y la Iglesia, y mas bien deberan insistir en sus conversaciones en la necesidad de aquel santo tribunal y en la utilidad del clero. En las banderas insurgentes se pondrá este mote: *Viva la relijión catolica apostolica y romana, y muera el mal gobierno.*

Ademas deberan hacer entender a los Indios, cual felices serán cuando vuelvan a ser de nuevo dueños de su país, y se vean libres de pagar un tributo tiranico a un monarca extranjero. Y ultimamente diran al pueblo que aquel monarca ya no existe gobernando, sino que se halla en poder del restaurador de la libertad y lejislador universal Napoleón. En una palabra, los ajentes manifestaran a los pueblos, por todos los medios posibles, la utilidad que les resultara del gobierno de que se trata.

Estando la revolución preparada de este modo y ganados todos los miembros principales que han de tomar parte en ella, en cada una de las ciudades y provincias, el gefe y los ajentes subordinados aceleraran la insurrección, y darán prontos avisos a los otros ajentes inferiores para que se ejecute en los diversos puntos, en un mismo día y hora, lo que facilitará mucho la empresa.

El primer punto que debe tratarse es ver cómo se han de detener las remesas de dinero a la península, lo que facilmente puede lograrse teniendo buenos ajentes en Veracruz, y otros puertos del continente; pero especialmente en Veracruz donde se admitirán todos los navíos que lleguen de Europa, y sus oficiales y tripulación serán puestos inmediatamente en arresto en las fortalezas hasta que vaya todo bien, y la revolución esté adelantada.

Se encarga además a los ajentes principales que den orden a sus subalternos de remitirles frecuentes noticias de los progresos de la revolución, y los ajentes principales comunicaran con el enviado que está en los Estados-Unidos, por los conductos que se le dirán. Para esto será conveniente que tengan listos medios de comunicacion por tierra con los puntos de la costa que parezcan convenientes, y en que debe haber siempre buques dispuestos para lo que pueda ocurrir.”

(Firmado.) – Al Enviado Desmolard.

P.D. Para promover el objeto particular que ya sabeis, se están preparando tres buques en Baltimore, otros cuatro frecuentan los varios puntos del continente que los ajentes saben, y por

ellos seguieran dando noticia de cuanto ocurra. Los puntos a que acuden especialmente son Nuevo-Santander, y Tampico en el reino de Méjico; la costa de Comayagua, y Trujillo en Goatemala; y los puertos del Perú, Cumana, Río de la Hacha, etc. Cartagena, Santa-Fé, Caracas, y lo de la Costa Firme, á donde van frecuentemente los buques, bajo pretexto de contrabando.

Desmolard, según avisos recientes que ha recibido de Méjico, cree que el numero de partidarios reunidos es inmenso, y todos de alta gerarquía. No duda que se ejecutara la insurrección en aquel reino, que el éxito del plan de Veracruz es absolutamente seguro, y este será el punto principal de toda la espedición, y el por tanto, tiene pronto un conducto seguro para avisar a los de Nueva-Orleans donde estan dispuestos todos los auxilios necesarios; mas juzga que no se habrá menester segun las seguridades de buen éxito que le ha dado su partido, y segun la apatía de aquel gobierno que no tomará ninguna medida vigorosa cuando llegue la ocasion. Tambien se ha asegurado el poderoso auxilio de los caciques indios, de los Teypan de San Juan y Santiago de Méjico, y de las provincias de Tlascala y Tepeaca que se hallan en el camino recto que va a Veracruz, por cuyo medio todas las remesas de dinero y correspondencia se cortarán enteramente. Igualmente tiene noticias muy favorables de California y no lo son menos las de Lima. Desmolard, según los informes que ha recibido, cuenta con los principales oficiales del ejército, especialmente de la guarnición de Veracruz, y el destacamento del castillo de Perote que tendrá inmediatamente a su favor, y que es un punto que ofrece las mejores proporciones de cortar la correspondencia de Veracruz con lo demás del reino; finalmente se lisonjea del feliz éxito de los proyectos ulteriores.

José María Luis Mora hace notar que, por la simple lectura del documento, se advierte desde luego que quien lo redactó conocía muy a fondo el estado social de las colonias españolas, de las pasiones políticas dominantes en ellas, y de los medios de ponerlas en combustión.

MI

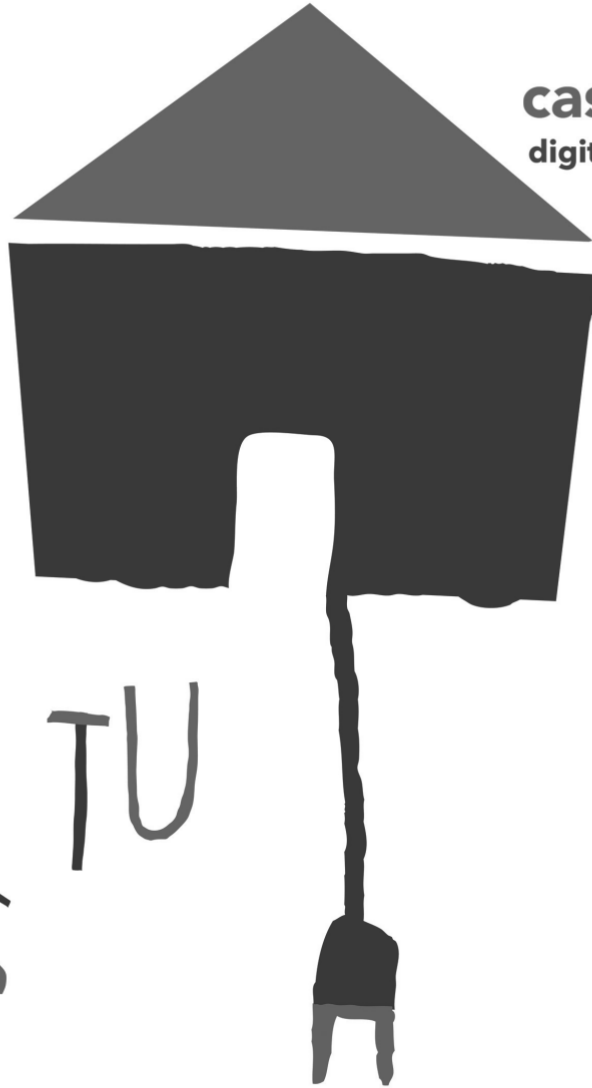


casadeFrancia
digital en México

Francia
México



Liberté • Égalité • Fraternité
AMBASSADE DE FRANCE AU MEXIQUE
CENTRE CULTUREL ET DE COOPERATION-FCAL



C
A
S
A

TU
ES

imagina mira escucha
¡CONÉCTATE!

[www.casadeFrancia**digital**.org.mx](http://www.casadeFranciadigital.org.mx)



RACINES FRANÇAISES
au MEXIQUE

LES CAHIERS DE RFM

Des Français dans la guerre d'indépendance du Mexique ?



Gabriel Auvinet

N° 7

Décembre 2010



RAICES FRANCESAS EN MEXICO, A.C.
Monte Altai 320, Lomas de Chapultepec.
México, D. F., 11000. Tel. 5520 0856

www.rfm.org.mx
informes@rfm.org.mx

Cette publication a été réalisée en partenariat avec le Centre de Coopération et d'Action Culturelle de l'Ambassade de France au Mexique.
Esta publicación se realizó con el patrocinio del Centro de Cooperación y Acción Cultural de la Embajada de Francia en México.

La traduction du texte français en espagnol a été à la charge de Valérie Juquois et Hilda Becerril (CPTI / IFAL).
La traducción del texto francés al español estuvo a cargo de Valérie Juquois e Hilda Becerril (CPTI / IFAL).
Río NAZAS 43, Col. Cuauhtémoc, 06500, México, DF.

Les Cahiers RFM sont une publication apériodique.
Los Cuadernos de RFM son una publicación aperiódica.

L'auteur est seul responsable des opinions émises dans cette revue.
Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva de su autor.

Couverture: Iturbide et ses généraux par Ferdinand Bastin
Portada: Iturbide y sus generales por Ferdinand Bastin.

Editeurs/ *Editores*: Jacques Paire, Gabriel Auvinet

Tirage: 500 exemplaires. *Se imprimieron 500 ejemplares.*

© Copyright, México, 2010.

Racines Françaises au Mexique/ *Raíces Francesas en México*, A.C.
Monte Altai #320 CP 11000 México DF

Reproduction partielle ou totale interdite sans notre autorisation écrite.
Prohibida su reproducción total o parcial sin nuestra autorización escrita.

Des Français dans la guerre d'indépendance du Mexique ?



Gabriel Auvinet

Conférence donnée au siège de Racines Françaises au Mexique,
le 28 septembre 2010

TABLE DES MATIÈRES.

Préface de Monsieur Daniel PARFAIT, Ambassadeur de France au Mexique.....	p. 3
Préface de M. Jacques PAIRE, Président de Racines Françaises au Mexique, A.C.....	p. 4
Préface de M. Gabriel AUVINET.....	p. 5
Des Français dans la guerre d'indépendance du Mexique ?.....	p. 6
Bibliographie.....	p. 22
Annexe.....	p. 23



Comme chaque année, c'est un plaisir pour moi de présenter le nouveau cahier de Racines Françaises au Mexique. Une association aussi ancrée dans la culture et l'histoire mexicaine devait naturellement apporter sa contribution aux commémorations de 2010.

Si l'influence de la France sur le Mexique, et notamment celle du Siècle des Lumières et de la Révolution, a souvent été l'objet d'études des historiens des deux continents, le rôle des Français en Nouvelle Espagne pendant la guerre d'indépendance (1810-1821) est beaucoup moins connu.

C'est à cette recherche que s'est dédié Gabriel Auvinet qui nous fait découvrir le rôle des agents français en Amérique, tels Octave d'Alvimar, Joseph Desmolard, Jean Humbert ou encore Jacques Athanase d'Amblimont. Mais l'évocation des étapes ayant conduit à l'indépendance ne se limite pas au rappel des principaux épisodes, puisqu'on y apprend également comment des amitiés franco-mexicaines se sont nouées entre généraux mexicains et opposants à Napoléon I^{er}. En alternant anecdotes et grands moments, ce numéro propose un regard décalé sur l'histoire croisée de la France et du Mexique.

Je tiens à remercier Racines Françaises au Mexique, et en particulier son Président, M. Jacques Paire, de poursuivre année après année, l'exploration de pans trop méconnus de la richesse des relations entre nos deux pays.

Daniel PARFAIT
Ambassadeur de France

1810 – 2010, deux siècles déjà !

Le Mexique commémore deux cents ans du commencement de sa guerre d'indépendance, circonstance ad-hoc pour que Racines Françaises au Mexique, toujours intéressée à sauvegarder et faire connaître la mémoire de la communauté française, fête ses sept premières années d'existence en étudiant un chapitre peu connu de l'historiographie nationale: Des Français dans la guerre d'indépendance du Mexique?

Le thème invite à l'aventure et il ne reste qu'à se laisser emporter une fois de plus par la plume experte de Gabriel Auvinet. Les assistants à ses conférences savent bien que, non seulement il est un remarquable ingénieur et enseignant, mais que l'Histoire est son violon d'Ingres, une véritable passion qu'il cultive avec son épouse. Toujours disposé à partager le résultat de ses patientes recherches, celui-ci est le troisième Cahier RFM qu'il signe, après le premier numéro consacré à *Alphonse Dano, ministre plénipotentiaire à l'époque de Maximilien*, publié en 2004, suivi, trois ans plus tard, par la *Chronique de la communauté française de Jicaltepec-San Rafael*. Personnellement, je me réjouis d'une telle collaboration, fructueuse et continue, qui remonte à la genèse de notre association.

Jacques PAIRE

Président de Racines Françaises au Mexique, A.C.

Préface

En cette année 2010, le Mexique célèbre un double anniversaire: celui du 16 septembre 1810, début de l'insurrection menée par Miguel Hidalgo, premier pas vers l'indépendance, et celui de sa grande révolution qui éclata, suite à l'appel de Francisco Madero, le 20 novembre 1910.

Les Français qui résident au Mexique, ou qui simplement s'intéressent à ce pays, ne peuvent pas rester indifférents aux multiples manifestations politiques et culturelles qui ont été organisées à cette occasion. Ils devraient l'être d'ailleurs d'autant moins qu'on reconnaît maintenant qu'un certain nombre de leurs compatriotes se sont trouvés mêlés à ces événements dont on célèbre respectivement le bicentenaire et le centenaire.

C'est précisément le rôle de la France et de certains de ses enfants dans la guerre d'indépendance de 1810 à 1821 que nous examinons dans cette brève publication. L'importance de ce rôle est en fait évidente puisque l'on sait que c'est l'occupation de l'Espagne par les armées de Napoléon I^{er} qui créa en Amérique hispanique les conditions propices à l'émancipation. La participation directe de citoyens français dans la guerre d'indépendance du Mexique, bien qu'en partie mystérieuse, est par ailleurs bien établie et reconnue par les historiens les plus prestigieux.

Loin de réveiller de vieux ressentiments, l'évocation de cette période devrait donc rapprocher Mexicains et Français qui se sont trouvés, au moins dans certaines circonstances, côte à côte dans la lutte qui donna naissance au Mexique indépendant actuel.

Gabriel Auvinet.

Des Français dans la guerre d'indépendance du Mexique ?

Pour l'empereur Napoléon Ier, le bilan de l'année 1805 s'avérait très contrasté. La déroute de la flotte franco-espagnole à Trafalgar, le 21 octobre, avait été suivie de l'éblouissante victoire d'Austerlitz, quelques semaines plus tard, le 2 décembre. Son problème restait toutefois toujours le même : le contrôle des mers était entre les mains des Anglais et il fallait donc que le blocus continental, qui fermait tous les ports d'Europe aux exportations britanniques, soit renforcé.

Le Portugal continuant à recevoir des bateaux britanniques, il fut décidé de l'envahir, mais pour cela, l'armée impériale devait traverser l'Espagne. Depuis l'avènement de Philippe V de Bourbon, petit-fils de Louis XIV, « il n'y avait plus Pyrénées » et, durant tout le XVIII^{ème} siècle, les relations entre la France et l'Espagne avaient été cordiales et, à plusieurs reprises, des « pactes de famille » (1733, 1743, 1761) avaient été signés. Les relations s'étaient bien entendu refroidies à la mort de Louis XVI et l'Espagne avait même déclaré la guerre à la France, mais elles avaient retrouvé leur cours naturel avec les accords de San Ildefonso (1796) et d'Aranjuez (1800) par lesquels l'Espagne s'alliait à la République française contre les Anglais en espérant récupérer Gibraltar. L'affaire fut vite entendue entre Napoléon et le vieux roi Charles IV d'Espagne, avec qui il s'accorda pour partager le Portugal (Traité de Fontainebleau, 27 octobre 1807). Près de cent mille hommes passèrent les Pyrénées. La présence de troupes françaises en Espagne inquiéta toutefois fortement le ministre et favori de la reine, Manuel Godoy, ainsi que tous les libéraux.

Le gros de la nation, profondément catholique, mené par les prêtres et les moines, avait vu dans la Révolution française une œuvre de l'enfer. L'empereur était un suppôt de Satan et les Français des hérétiques. On trouvait dans un catéchisme espagnol : « On gagne le ciel en tuant l'un de ces chiens » (Reinach, 1921).

Le bruit se répandit que Charles IV allait fuir en Nouvelle-Espagne. Une émeute éclata à Aranjuez et contraignit Charles IV à abdiquer en faveur de l'infant Ferdinand (19 mars 1808). Napoléon, se posant alors en arbitre entre le père, qui était revenu sur son abdication, et le fils, qui continuait à se dire roi, les attira tous les deux à Bayonne. Après une scène de famille atroce, il obligea le fils à restituer la couronne et le père à s'en démettre en sa faveur.

Entre-temps, Madrid s'était révoltée. L'insurrection du « dos de mayo », bien que durement réprimée par Joachim Murat, fut le signal du soulèvement général depuis les Asturies jusqu'à l'Andalousie.

Napoléon proclama lui-même son frère Joseph roi d'Espagne et des Indes, « afin d'assurer le bonheur de l'Espagne » (6 juin).



Joseph Bonaparte

Ferdinand fut envoyé en exil au château de Valençay, où il fut l'invité forcé de Talleyrand jusqu'en 1813. Ferdinand, dont la propre mère, la reine Marie-Louise, disait qu'il était un bâtard incapable de régner, écrivit à Joseph pour le féliciter de son avènement et, un peu plus tard, supplia l'empereur, « son auguste souverain », de faire « le bonheur de sa vie » en l'adoptant !

Un lot de hauts fonctionnaires, de grands seigneurs et de gens de cour réunis en hâte à Bayonne ratifièrent le décret de Napoléon. Certains d'entre eux y voyaient une occasion d'introduire des réformes longtemps attendues, en particulier en ce qui concernait le rôle de l'Église, et accueillirent avec une certaine complaisance, voire un certain enthousiasme, le nouveau monarque, ce qui leur valut le surnom d'« *afrancesados* ». Toutefois, la vieille Espagne profonde se montra digne de son passé et entreprit une guerre nationale de libération implacable. Les Espagnols levèrent en masse des guérillas. Le général français Dupont, après avoir échoué devant Cadix, fut enveloppé dans les défilés de Sierra Morena et dut capituler à Baylen (juillet 1808). Les juntes locales se regroupèrent bientôt en une Junte suprême centrale de gouvernement (Junta Suprema Central y Gubernativa) qui fut constituée à Aranjuez le 25 septembre 1808. Joseph dut quitter Madrid et ne put se réinstaller dans la capitale qu'après la campagne de deux mois que livra Napoléon I^{er} lui-même, à la tête de 80.000 vieux soldats de la grande armée (novembre-décembre 1808). La Junte centrale se refugia à Séville puis, plus tard, se transformant en régence, à Cadix où elle bénéficia de la protection de la marine anglaise et put organiser une assemblée (les *Cortes*) à laquelle furent invités des représentants des possessions espagnoles d'Amérique.

Tous ces événements étaient suivis de près, bien qu'avec un certain retard, depuis les possessions espagnoles d'Amérique et en particulier depuis la Nouvelle-Espagne.

Le vice-roi José Iturrigaray avait reçu des documents dans lesquels Ferdinand VII était accusé de parricide par Godoy, et avait pris connaissance des rumeurs concernant le tumulte d'Aranjuez. Il ne célébra qu'avec une grande réserve l'avènement de Ferdinand. C'est le 23 juin que lui parvint l'incroyable nouvelle de l'occupation presque complète de

l'Espagne par les Français et de la nomination de Murat comme lieutenant général du royaume. Les *Gazette de Madrid* du 13, 17 et 20 mai contenaient le récit de l'abdication et de la soumission des monarques avec toutes leurs implications pour les Amériques. Le 26 juillet, l'arrivée du navire *Esperanza* permit d'apprendre que l'Espagne s'était soulevée contre les Français, ce qui fut amplement publié et diffusé par le vice-roi et célébré le 29 au matin par des salves d'artillerie et le carillon des cloches des églises (Bustamante, 1826).

La corvette française « la Vaillante », qui s'était présentée le 10 août 1808 devant Veracruz, fut reçue à coups de canons et désarmée. Son capitaine Charpentier fut incarcéré dans le fort de San Juan de Ulúa (Génin, 1930; Penot, 1975).

Les réactions à ces nouvelles furent loin d'être unanimes. De nombreux créoles, sentant souffler le vent du changement, eurent l'audace de suggérer que, devant la disparition d'une monarchie légitime, le pouvoir fût rendu à celui dont à leur avis il émanait : le peuple ou ses représentants. Le 5 août 1808, le conseil municipal (« ayuntamiento ») de la ville de Mexico proposa au vice-roi José de Iturrigaray de convoquer une junta de citoyens à qui le gouvernement serait confié durant cette période de transition, tout en préservant la future souveraineté de Ferdinand VII. Ce mouvement, dirigé par Francisco Primo de Verdad, Azcárate et Melchor Talamantes, et plutôt bien reçu par le vice-roi, se heurta aux opinions conservatrices des Espagnols craignant pour leurs privilèges. Le 15 septembre, un groupe de conspirateurs, appartenant pour la plupart à de grandes maisons de commerce et dirigés par Gabriel de Yermo, riche *hacendado* espagnol, provoqua un coup d'État. Le vice-roi Iturrigaray fut arrêté et la *Real Audiencia* nomma à sa place le vieux militaire Pedro Garibay qui reconnut la junta centrale d'Espagne. Primo de Verdad, enfermé dans la prison du palais épiscopal, y mourut le 4 octobre 1808, sans doute victime d'un empoisonnement.

Les mouvements créoles ne se limitèrent pas à la capitale puisqu'en septembre 1808 fut découvert le complot de Valladolid (aujourd'hui Morelia) dirigé par le capitaine José María Obeso et José Mariano Michelena. Leur plan consistait à former une assemblée constituée par les représentants des principales villes, qui aurait eu la garde de la souveraineté nationale. Un soulèvement était prévu pour fin 1809. La répression fut modérée mais elle valut tout de même à Michelena un séjour dans la terrible forteresse de San Juan de Ulúa.

C'est bien sûr la conspiration ourdie par le Dr Manuel Iturriaga, le curé Miguel Hidalgo et le capitaine Ignacio Allende, ainsi que l'épopée qui s'ensuivit, qui ont laissé la trace la plus durable dans l'histoire du Mexique.

On s'accorde maintenant à considérer qu'une ou plusieurs de ces trois personnes prirent contact avec des agents de Joseph ou Napoléon Bonaparte. En effet, après avoir un moment considéré que les Amériques espagnoles devaient passer sous la coupe de son frère, Napoléon choisit de favoriser les mouvements séparatistes susceptibles de retirer leur soutien à la Junta centrale, position qu'il rendit officielle le 12 décembre dans une déclaration au corps législatif. Parmi les agents de l'empire en Amérique, de nombreux auteurs (Bustamante, Del Castillo, Zárata, Génin) citent le général français Octave d'Alvimar, venu au Mexique en 1808.



Ignacio Allende (Sierra et al., 1902)

D'Alvimar (et non pas « Almibar » (sirop) comme le fait remarquer avec humour Auguste Génin), qui avait participé à l'expédition Leclercq à Saint-Domingue en juin 1802, se serait introduit en Nouvelle-Espagne par la frontière nord et aurait rencontré Hidalgo à Dolores et Allende à San Miguel el Grande. Il était porteur d'un passeport émis à Bordeaux le 25 novembre 1807. Il aurait par la suite été arrêté à Nacodoches (au Texas, alors mexicain) le 5 août 1808. Emprisonné à Monclova, il aurait été enfermé le 27 janvier 1809 dans la forteresse de Perote. Il aurait été libéré après confiscation de ses bagages. Il fut accusé d'espionnage par la Junte centrale d'Espagne (devenue Régence), mais l'ordre de l'arrêter arriva au Mexique après son départ pour l'Europe. Bustamante affirme avoir trouvé ses sources sur ce personnage dans une communication officielle du vice-roi Garibay à la Junte centrale d'Espagne.

Selon un récit de l'historien yucatèque Eligio Ancona, repris par Justo Sierra, un second agent de Bonaparte serait arrivé à Sisal au Yucatán en 1808, à bord d'une goélette américaine, « La Bonne Intention ». Ce jeune homme, du nom de Gustave Nordhing de Witt, demanda une entrevue secrète au gouverneur Pérez Valdelomar. Il était porteur d'une lettre de recommandation de Miguel José de Azanza, ministre de Joseph Bonaparte. Interrogé sur sa mission, Nordhing affirma qu'elle n'avait d'autre but que de rendre plus étroits les liens entre les Amériques et la métropole. Craignant d'être compromis, le gouverneur le fit arrêter. Un tribunal accusa le jeune aventurier de vouloir soulever le Yucatán contre le gouvernement légitime de la métropole. Il fut exécuté le 12 novembre 1810.

On connaît toutes les étapes de la rébellion de Miguel Hidalgo et Ignacio Allende. Le complot fut dénoncé par Iturriaga lui-même à son confesseur, à l'approche de la mort qui l'emporta le 14 septembre. Certains membres de la conjuration furent arrêtés mais, comme le savent tous les jeunes élèves des écoles mexicaines, l'épouse du corregidor de Querétaro, Josefina Ortiz de Domínguez, parvint à prévenir Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Juan Aldama et Mariano Abasolo qu'ils étaient découverts et qu'ils couraient un grand danger. Cette nouvelle poussa Hidalgo à prendre l'initiative et à convoquer les habitants de Dolores dans la nuit du 15 au 16 septembre, en faisant sonner les cloches de l'église: la religion, selon lui, était en danger et il était impératif de la défendre contre le

gouvernement et les Espagnols. Au matin, quatre mille hommes avaient été réunis et il fut ordonné d'arrêter les Espagnols des villages des environs et de se saisir de leurs biens.

Né le 8 mai 1753 dans l'hacienda de Corralejo, près de la petite ville de Pénjamo, Hidalgo était un ecclésiastique illustré, ancien recteur du collège de San Nicolas à Valladolid. Curé de San Felipe Torres Mochas, il s'y trouva en contact avec les classes populaires. Il n'est pas certain qu'il ait subi l'influence progressiste des encyclopédistes français; on sait par contre qu'il traduisit et monta la pièce "Le Tartuffe" de Molière et qu'il eut une vie sentimentale agitée qui l'éloigna par moment de la vie religieuse. C'est ce que relate avec talent Antonio Serrano dans son film récent: « Hidalgo : La historia jamás contada (Hidalgo : l'histoire jamais contée)».

La harangue d'Hidalgo est connue sous le nom de « Cri de Dolores ». Le contenu exact de ce discours passionné est inconnu et il en existe de multiples versions, la plupart écrites bien après l'évènement (Herejón, 2009). On peut seulement affirmer qu'il n'incluait certainement pas l'exclamation « Viva México ! », puisqu'à l'époque le nom de Mexico faisait référence à la capitale et non au pays qui n'existait pas encore.

Une foule, à laquelle on a attribué les cris de « Vive Notre-Dame de la Guadeloupe ! À mort le mauvais gouvernement ! À mort les *gachupines* (Espagnols) ! », se présenta bientôt aux portes de la ville de San Miguel el Grande où le régiment provincial de la reine et une partie de l'infanterie de Celaya s'associèrent au mouvement. Le 18 septembre, on se dirigea vers Celaya en passant par le sanctuaire d'Atotonilco, où l'on emprunta une bannière ornée de l'effigie de la vierge de la Guadeloupe qui fut placée en tête de l'émeute, qui prit ainsi une allure de procession.

Ces faits ont été rapprochés par de nombreux historiens du contenu d'une lettre, attribuée à Joseph Bonaparte, dans laquelle ce dernier donnait des instructions à ses agents français en Amérique, et en particulier à un certain Joseph Desmolard (ou Desmolards), agent principal à Baltimore, pour pousser les possessions espagnoles d'Amérique à l'indépendance. Cette lettre, dont nous reproduisons une version en français en annexe, est troublante car elle semble suggérer que l'insurrection de Dolores suivit presque à la lettre un plan préétabli par Bonaparte. Le grand historien et homme d'État Jose María Luis Mora s'étonne par exemple que l'on retrouve dans les instructions de Bonaparte l'expression : « Vive la religion catholique, apostolique et romaine ! et Périsse le mauvais gouvernement ! » utilisée par les insurgés. Le contenu de cette lettre, qui fut publiée en Espagne puis en Angleterre et aux États-Unis, montre que son auteur avait une profonde connaissance de l'Amérique espagnole. Il pourrait toutefois s'agir d'un faux, comme l'affirme Llorente (1820), qui aurait été écrit à posteriori pour enlever toute légitimité à l'insurrection d'Hidalgo. Les affirmations de Llorente sont toutefois elles-mêmes fortement sujettes à caution car il est allé, contre de nombreuses évidences, jusqu'à nier l'existence de Desmolard.

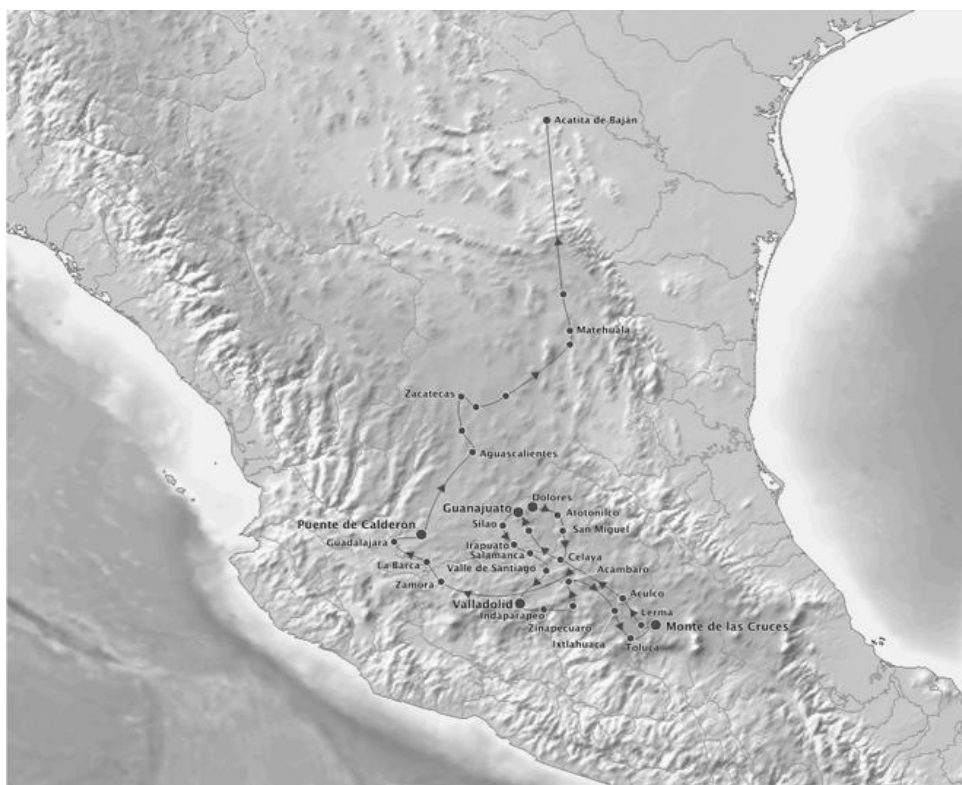
On sait que Joseph Desmolard recruta de nombreux agents français qui, sous couverture des professions de commerçant, marin ou cuisinier - et dotés de passeports américains - opérèrent à partir de Mexico, de La Nouvelle-Orléans et de la Californie. Desmolard n'ayant obtenu que des résultats médiocres, il fut remplacé par Jacques Athanase d'Amblimont qui mena une lutte souterraine et acharnée contre Luis de Onís, le représentant de la junte espagnole à Philadelphie (Dénécé, 2008).

Certains ont affirmé que les écrits des agents de Desmolard avaient été brûlés publiquement par l'archevêque de Mexico, Francisco Javier de Linazar et Beaumont, successeur de Garibay et vice-roi du 16 septembre 1808 au 19 juillet 1809. Ceci semble peu vraisemblable puisque Desmolard n'arriva aux États Unis qu'en novembre 1809.

Le 27 avril 1810, Luis de Onís communiqua au vice-roi une liste d'agents de Napoléon parmi lesquels on retrouve bien Desmolard et D'Amblimont : « Mai 1809 : Don Manuel de Luca Jupanguez; juillet 1809 : Navarro et Miguel Rodríguez Alemán y Peña, exécuté peu après à La Havane; octobre 1809 : Belmont; novembre 1809 : Capitaine Desmolard ou Dumalar; janvier 1810 : Juan Montes et Ferrera; mars 1810 : M. Savajot, créole de Saint Domingue; même époque : M. Lestique, ainsi que Leroy, Larue, Larmo, Frere, Charles, Louis Dupar, Lafont et Geofroy; décembre 1810 : Le Grefé, Carlos Jasso (italien) et Talanar (Turc); février 1811 : Jacques Athanase Damblimont et Ledreznech; août 1811: José Estolique; décembre 1811: Pedro, prêtre mexicain. Au total, 24 noms. » A cette liste, de Onís ajouta nombre de signalements de personnes soupçonnées d'être des émissaires de Napoléon ou de Joseph Bonaparte. En 1911, Carlos Villanueva ajouta, sur la base de documents du Foreign Office, les noms d'Antonio Rentería, Antonio Serrano, Manuel Agudo de los Ríos, Torquato Medina, Anselmo Rodríguez, Hipólito Mendieta, Sebastián Solórzano, Santiago Parreño, Ignacio Saldívar et Estebán Romero

Après la mise à sac de Celaya, où Hidalgo fut nommé « Capitaine d'Amérique », la foule des émeutiers se déplaça vers Guanajuato. Le 27 septembre dans l'après-midi, les troupes campèrent devant la ville. C'est le lendemain, 28 septembre, qu'eurent lieu les événements dramatiques que l'on connaît. La prise par les insurgés de la Alhóndiga de Granaditas (un entrepôt de céréales construit au cœur de la ville), où s'étaient réfugiés les Espagnols, fut le premier mais loin d'être le dernier épisode violent de cette longue marche qui n'est pas sans rappeler la terrible *Virée de Galerne* des Vendéens en France en 1793.

Le constructeur et défenseur espagnol de la Alhóndiga, l'intendant Juan Antonio Riaño, qui trouva la mort dans cet événement, avait déjeuné peu de temps auparavant avec Miguel Hidalgo et l'évêque du Michoacán, Manuel Abad y Queipo !



Campagne d'Hidalgo

Triomphante, la troupe d'Hidalgo entra le 17 octobre à Valladolid et, le 28 du même mois, à Toluca d'où elle menaçait la capitale. Cette menace se précisa après la victoire d'Hidalgo et d'Allende au Monte de las Cruces, le 30 octobre, sur le général espagnol Torcuato Trujillo. On sait toutefois que pour des raisons encore mal éclaircies, et après s'être avancé jusqu'à Cuajimalpa, aux portes de Mexico, Hidalgo renonça à entrer dans la capitale et décida de repartir vers Guanajuato. Sur la route l'attendait le général Félix María Calleja, qui le mit en déroute à Aculco le 7 novembre. Les troupes défaites se divisèrent : Allende partit pour Guanajuato et Hidalgo pour Valladolid.

C'est un ingénieur des mines rallié au mouvement, José Mariano Jiménez, qui négocia, sans succès, à Chapultepec la reddition de la capitale avec le nouveau vice-roi Francisco Javier Venegas y Saavedra, qui était arrivé au Mexique le 14 septembre 1810, soit deux jours seulement avant le « cri de Dolores ».

La frustration aidant, le mouvement devint plus violent. L'histoire reprochera à Hidalgo les impitoyables massacres d'Espagnols réalisés près de Valladolid, dans le ravin de La Batea et au Cerro del Molcajete.

José Antonio Torres (el « amo » Torres), partisan du mouvement, ayant occupé Guadalajara le 11 novembre, Hidalgo décida de partir de Valladolid le 17 novembre et de rejoindre Torres. Calleja reprit Guanajuato le 24 novembre.

Ayant arrêté deux cents suspects d'avoir participé aux événements du 28 septembre, Calleja les fit littéralement décimer (un fusillé sur dix, soit vingt victimes) puis répéta l'opération (dix-huit victimes). C'est à ce moment que perdirent la vie plusieurs ingénieurs des mines qui avaient participé au mouvement insurrectionnel en fabriquant des armes et des canons avec le métal provenant de Coalcomán et organisé la défense de la ville de Guanajuato. Rafael Dávalos, arrêté le 25 de novembre 1810, fut fusillé dans le dos dans la cour de la Alhóndiga de Granaditas le jour suivant. Casimiro Chovell, nommé par Hidalgo colonel de l'armée des insurgés, fut arrêté dans l'après-midi du 28 novembre 1810 avec d'autres élèves du collège des Mines, et fut pendu en compagnie de son collègue Ramon Fabié devant la porte de cette même Alhóndiga. Leurs noms figurent en lettre d'or sur les linteaux du péristyle de la cour du Palais des Mines de Mexico (Auvinet, 2009). Calleja rapporta à Mexico un grand canon qui avait été fabriqué par les jeunes ingénieurs et auquel on avait donné le nom de « Défenseur de l'Amérique ».

À Guadalajara, à partir du 13 décembre, Hidalgo se livra à des massacres semblables à ceux de Valladolid malgré les protestations d'Allende et d'Abasolo. Le torero Marroquín se chargea de nombreuses exécutions dans le ravin du Salto.



Abasolo (Album Mexicano, J. Michaud)

Le 17 décembre, les insurgés s'affrontèrent à Calleja lors d'une bataille massive et décisive au Pont de Calderón, près de Guadalajara. Les troupes plus disciplinées et mieux organisées de Calleja l'emportèrent, obligeant ce qui restait de celles d'Hidalgo et Allende à chercher refuge vers le nord. La longue pérégrination des vaincus passa par Aguascalientes, l'hacienda del Pabellón, Zacatecas, Salinas, Charcas, Venado et Matehuala. Pensant trouver encore plus au nord des partisans de leur cause, les principaux chefs de la rébellion se regroupèrent dans quatorze voitures et partirent le 11 mars 1811 de Saltillo vers Monclova, laissant le commandement des troupes à Ignacio López Rayón. Le convoi tomba dans une embuscade tendue par un certain Ignacio Elizondo, traître à la cause des insurgés, à Acatita de Baján, le 21 mars. Les prisonniers furent conduits à Monclova puis à Chihuahua où la plupart furent jugés et exécutés. C'est le 31 juillet que Miguel Hidalgo fut passé par les armes.

Lors de son procès à Chihuahua, Hidalgo aurait reconnu avoir été en contact avec des agents des Bonaparte et en particulier avec D'Alvimar.

Deux ingénieurs des mines insurgés, José Mariano Jiménez et Vicente Valencia, capturés à Acatita de Baján avec le reste du groupe, furent exécutés à Chihuahua avec Ignacio Allende et Juan Aldama.

Grace à l'intervention de sa jeune épouse espagnole qui fit valoir le fait qu'il s'était opposé aux massacres d'Hidalgo, Mariano Abasolo eut la vie sauve et fut envoyé en Espagne. Il y mourut peu de temps après.



José Mariano Jiménez

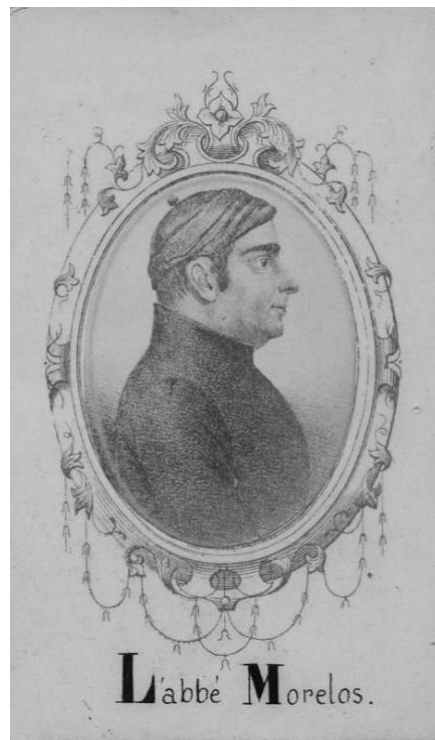
Avec maîtrise, Ignacio López Rayón, à la tête des troupes privées de leurs principaux chefs, sut redresser la situation des insurgés en reprenant Zacatecas aux Espagnols et en s'installant à Zitácuaro où il établit une Junte Suprême Nationale de Gouvernement. Des nombreux épisodes belliqueux de cette époque, on retiendra la bataille de Zitácuaro du 2 janvier 1812 qui opposa Ignacio López Rayón à Félix María Calleja. Ce dernier bouscula López Rayón qui dut se replier sur Sultepec.

Le 19 mars 1812, les Cortes de Cadix approuvèrent une nouvelle constitution, largement inspirée des constitutions françaises de 1793 et 1795. C'est à cette nouvelle constitution qu'il est fait allusion lorsqu'on se réfère à la place centrale de Mexico sous le nom de « Place de la Constitution », bien qu'elle soit plus connue sous le nom populaire de « Zócalo ».



Ignacio López Rayón (Sierra et al., 1902)

C'est à cette époque que commença à prendre de l'importance la figure légendaire de l'abbé José María Morelos, qui fut tout d'abord chargé de propager la rébellion vers le sud. Prenant ensuite clairement ses distances avec López Rayón, il devint le vrai chef d'une longue guerre d'insurrection qu'il dirigea pendant près de cinq ans. La stratégie de Morelos fut de diviser son armée en plusieurs corps conduits par des personnages comme Mariano Matamoros, les frères Galeana, la famille Bravo, Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero, Manuel Mier y Terán, et de poursuivre une politique de guerre totale dans le centre et au sud du pays.



José María Morelos y Pavón (col. Julio Romo Michaud)

On sait qu'aux côtés de Morelos se trouvait un personnage mystérieux dont on sait seulement qu'il était sulpicien : le général français Panis.

Il serait trop long d'entrer ici dans le détail des multiples campagnes de Morelos qui le menèrent de Carácoaro jusqu'à Acapulco, Oaxaca et Orizaba, et lui permirent de contrôler à un moment donné un énorme territoire. L'épisode le plus marquant de cette épopée fut sans doute le long siège de Cuautla, du 19 février au 12 mai 1812, où Morelos réussit brillamment à échapper aux griffes de l'infatigable Calleja. Morelos, Matamoros, Galeana et Bravo souffrirent en 1813 un cuisant échec à Lomas de Santa María alors qu'ils tentaient de s'emparer de la ville de Valladolid défendue par Agustín de Iturbide.

Pour la fabrication de ses munitions, Morelos dépendait d'un Nord-Américain du nom de Peter Ellis Bean. Ce dernier fut chargé de collecter des fonds et de négocier des achats d'armes. Il fut alors mis en contact avec le général français Jean-Joseph Humbert, réfugié aux Etats Unis après la chute de l'empire. Humbert envisageait lui-même de conquérir le Texas avec l'aide des frères

Pierre et Jean Lafitte dont les bateaux se livraient à divers trafics entre la Nouvelle Orléans et les ports de Boquillas de Piedra et Nautla sur la côte de Veracruz. En août 1814, Humbert, à bord d'un bateau de Lafitte, « The Tigre », débarqua à Nautla et proposa aux insurgés de participer à leur révolution. Il y rencontra Peter Ellis Bean et, après diverses péripéties, repartit avec lui pour l'île de Baratavia à la Nouvelle Orléans où les frères Lafitte avaient leur quartier général. Le nom d'Humbert est resté dans l'histoire de l'Irlande, suite aux brillantes campagnes militaires pour l'indépendance de ce pays qu'il réalisa sur ordre de Napoléon.



Jean-Joseph Humbert

Félix María Calleja ayant reçu, à la mode napoléonienne, le titre de Premier Conte de Calderón, par référence à sa victoire du 17 décembre 1810, occupa le poste de vice-roi à partir du 4 mars 1813.

Le 22 mars 1814, Napoléon, ayant renoncé à occuper l'Espagne plus longtemps, rendit sa couronne à Ferdinand VII. Les créoles de l'Amérique espagnole ne parlaient toutefois plus depuis longtemps de « conserver le pouvoir pour Ferdinand VII », et ce retour fut reçu sans enthousiasme. En Espagne, la répression contre les membres des *Cortes* et autres libéraux fut particulièrement cruelle.

Un Congrès fut réuni pour la première fois par Morelos à Chilpancingo. C'est à Apatzingan que cette assemblée approuva la première constitution mexicaine le 22 octobre 1814.

On sait que Morelos fut fait prisonnier durant l'automne 1815 alors qu'il escortait les députés qui souhaitaient transférer le Congrès à Tehuacán. Il fut conduit à Mexico, dégradé par l'inquisition, et fusillé à Ecatepec le 22 décembre 1815.

Le vice-roi Félix María Calleja, rappelé en Espagne, abandonna le pays le 19 septembre 1816 et fut remplacé par Don Juan Ruíz de Apodaca. Ce dernier eut l'intelligence d'offrir la possibilité d'un pardon aux insurgés. Nombreux furent ceux qui, de guerre lasse, acceptèrent cette offre (60.000 environ en trois ans). Parmi ceux qui refusèrent de se

soumettre on doit citer : Guadalupe Victoria, Nicolas Bravo, Andrés Quintana Roo, Leona Vicario et bien sûr Vicente Guerrero qui, malgré les supplications de son père, envoyé par le vice-roi, refusa le pardon dans des termes qui ont été reproduits en lettres d'or dans la grande salle de la Chambre des Députés : « La patrie d'abord !... ».



Guadalupe Victoria (Sierra et al., 1902)

Il fallut attendre 1817 pour que le mouvement d'indépendance reprenne une nouvelle vigueur avec l'expédition au Mexique du jeune Navarrais Javier Mina.

Mina avait participé au soulèvement contre Joseph Bonaparte en Espagne dans la sierra de sa Navarre natale. Le maréchal Louis Suchet avait cherché à l'acheter. Blessé, il avait été fait prisonnier par le général Georges-Joseph Dufour. Il fut alors incarcéré le 25 mai 1810 dans le donjon du château de Vincennes en France. C'est là, qu'en 1811, il connut le général français Victor Fanneau de Lahorie (1766-1812), prisonnier politique de Napoléon. Ce fut le début d'une grande amitié. De Lahorie devint son professeur et son mentor. Il lui transmit ses connaissances militaires, lui enseigna la langue française et lui donna le goût de la liberté et de la lutte contre l'absolutisme. Mina lui-même dira « Je suis entré à Vincennes simple guérillero, j'en suis sorti un vrai soldat ». Mina resta quatre ans à Vincennes; il fut transféré à Saumur en février 1814 et libéré au mois d'avril suivant. Durant les Cent-Jours (20 mars-22 juin 1815), il aurait offert ses services au roi Louis XVIII, par l'intermédiaire du Duc d'Angoulême, sans obtenir de réponse. Il parvint alors à retourner en Espagne et s'embarqua à Bilbao pour Bristol.

La petite histoire nous dit que Fanneau de Lahorie avait été l'ami du général Hugo mais aussi... de son épouse, dont on sait qu'il fut très proche, en l'absence de son mari, durant un long séjour de celle-ci au couvent des Feuillantines. Il fut le parrain de Victor Hugo. Il n'est pas absurde, et nombreux sont ceux qui franchissent allègrement ce pas, d'affirmer que le mentor de Mina, ait pu être le vrai père du grand poète.

Mina partit de Liverpool pour les Etats Unis le 15 mai 1816, en compagnie de Fray Servando Teresa de Mier, théoricien de l'indépendance mexicaine, à bord de « La Caledonia ». Le bateau arriva à Hampton Roads après quarante-sept jours de voyage, puis à Baltimore le 3 juillet.

À bord de La Caledonia se trouvait un nombre important d'officiers espagnols, italiens et anglais (Robinson, 1820), mais aussi français, officiers et soldats bonapartistes faits prisonniers à Waterloo. Le capitaine du vaisseau, Coffin, était britannique mais il était assisté par le capitaine français Jean Jullier (Penot, 1975).

Francisco Javier Mina rencontra-t-il Joseph Bonaparte réfugié à Baltimore après Waterloo ? Lui proposa-t-il la couronne du Mexique si celui-ci lui donnait son appui ? Il se trouvera toujours des historiens pour l'affirmer.

Mina renforça ses troupes en recrutant à Baltimore, New York et Philadelphie, mais c'est à Haïti et Galveston, avec l'aide du commodore-corsaire Louis d'Aury, qu'il compléta ses effectifs. Il débarqua le 17 avril 1817 au Mexique, à Soto La Marina, avec plus de 300 volontaires et déclara qu'il venait combattre, non pas la présence espagnole en Amérique, mais la tyrannie de Ferdinand VII. Il fut néanmoins nommé général de « l'Armée auxiliaire de la République Mexicaine ».



Adrian Woll

Parmi les français qui accompagnaient Mina, on trouve deux personnages hors du commun : Jean Arago, frère du célèbre astronome français François Arago, qui rejoignit Mina en novembre 1816 et Adrien Woll (ou Gaul). Woll sera renvoyé à la Nouvelle Orléans pour y acquérir armes et munitions (Auvinet, 2007), mais Arago fera toute la campagne de Mina en qualité d'aide de camp. Arago et Woll feront tous deux, par la suite, une carrière militaire éblouissante au Mexique avec le général Antonio López de Santa Anna.

Le 24 mai, Mina partit vers l'intérieur du pays où il se réunit avec les insurgés de Pedro Moreno et du Padre José Antonio Torres (à ne pas confondre avec el « amo » Torres). Les heurts avec les troupes royalistes de Pascual Liñan furent nombreux.

Le 15 juin, la garnison de 130 hommes que Mina avait laissée à Soto La Marina dut se rendre à Arredondo.



Francisco Javier Mina (portrait peint en Angleterre)

L'artillerie du fort de Soto la Marina était dirigée par le capitaine français François Dagassan, assisté par le lieutenant Durand et le sous-lieutenant Thierry. Parmi les prisonniers qui furent conduits à Altamira, Tampico puis San Juan de Ulúa se trouvait également une française du nom de La Mar que Robinson (1820) qualifie « d'extraordinaire amazone » et qui avait participé à l'expédition depuis Galveston. Elle se distingua par les soins qu'elle apporta aux blessés et aux malades du groupe de prisonniers. Ayant réussi à s'échapper, elle rejoignit pour un temps les troupes de Guadalupe Victoria avant d'être à nouveau capturée par les royalistes et conduite à Jalapa. Elle ne fut libérée qu'à l'indépendance.

Mina, secondé par Moreno, dut lui-même subir un dur siège de deux mois dans le fort du Sombrero, au nord-est de Guanajuato. Ayant réussi à s'échapper du fort, il fut fait prisonnier par un dragon des troupes d'Orrantia le 27 octobre au ranch "El Venadito", près de Silao, où Moreno trouva la mort. Mina fut fusillé le 11 novembre.

Suite à cette victoire, le vice-roi Apodaca reçut le titre de « Conte du Venadito », ce qui lui vaudra de nombreuses moqueries (son épouse fut surnommée « la venadita » - la petite biche-).

C'est le français Jean Arago qui remplacera le cruel Padre José Antonio Torres (l'oiseau noir de la guerre d'indépendance d'après Guillermo Prieto) à la tête des insurgés de la province de Guanajuato ! Il bénéficiera peu après du pardon des autorités du pays.



François Arago (frère de Jean)

Après la mort de Mina, l'insurrection paraissait à nouveau vouée à l'échec. Néanmoins, les esprits avaient évolué et l'idée d'indépendance finit par être de mieux en mieux acceptée, non sans que de nouveaux épisodes donnent lieu à la participation de certains français.

Le 21 décembre 1817, Frédéric Antoine Lallemand fonda au Texas, alors mexicain, avec son frère Dominique et 350 officiers et émigrants une colonie de 100,000 acres appelée « Champ d'asile » entre les rivières Norte et Trinidad à 90 km de la côte, puis, en 1818, un autre établissement appelé « La liberté » près de Galveston (actuellement Liberty). Leur but était apparemment de créer un mouvement pour l'arrivée éventuelle au pouvoir de Joseph Bonaparte. Un accord fut recherché avec le flibustier Jean Lafitte qui opérait à partir de Galveston. Les colons écrivirent une constitution de 140 articles et, dans un manifeste, invitèrent les aventuriers du monde entier à les rejoindre. Les colons organisés en trois cohortes placées sous les ordres des colonels Douarthe, Sarrazin et Fournie, étaient tous d'anciens soldats de l'empereur Napoléon I^{er}. Ils construisirent un fort. Les gouvernements anglais, espagnols et français s'inquiétèrent de cette armée qui aurait pu servir l'empereur déchu s'il s'était évadé de l'île de Sainte Hélène. Les négociations avec le vice-roi Apodaca n'aboutirent pas et une colonne espagnole partit de San Antonio pour les attaquer. Ils finirent par se retirer fin juillet vers la Nouvelle Orléans avec l'aide de Jean Lafitte. Le président Monroe intervint alors à la demande des chargés d'affaires anglais et français. Son émissaire, le commissaire Graham, persuada les frères Lallemand, dont les soldats étaient découragés et mal nourris, de renoncer à toute action armée contre les Espagnols. Ils obtinrent dans une déclaration du 28 août 1818. Des terrains leur furent alors offerts en échange par les Etats Unis dans l'Alabama au bord du Tombigbee où ils fondèrent le District de Marengo dont la capitale fut Aigleville. Toutefois, la plupart rentrèrent en France sous le ministère Decazes de 1819 à 1820.

Un capitaine français du nom d'Hippolyte Bouchard, ancien officier de la marine impériale, venu de Buenos Aires avec deux frégates, longea les côtes du Mexique du côté du Pacifique et débarqua

en plusieurs points de la basse et haute Californie. Il toucha terre à Punta Pinos et mit à sac la ville de Monterey le 20 novembre 1818. Le « pirate-patriote » Bouchard dont la devise était « Dieu et liberté » se présenta également au large de San Blas et d'Acapulco. Il essaya alors de vendre des armes à Vicente Guerrero mais les négociations n'eurent pas de suite.

Agustín de Iturbide, le vainqueur de Lomas de Santa María en 1813, s'inclina en faveur des insurgés. Chargé par Apodaca de poursuivre Vicente Guerrero, il fraternisa avec lui (Accolade d'Acatempan) et ils signèrent ensemble le 24 février 1821, un manifeste, le Plan d'Iguala, par lequel l'indépendance du Mexique fut déclarée. Ce manifeste proposait, outre l'indépendance vis-à-vis de l'Espagne, la reconnaissance de la religion catholique comme religion unique et l'égalité et l'union des différents groupes sociaux (les trois garanties).



Juan O'Donoghue y O'Ryan (Sierra et al., 1902)

L'arrivée à Veracruz d'un nouveau chef supérieur politique de la Nouvelle Espagne, Juan O'Donoghue y O'Ryan, ne changea plus rien aux événements. Il dut traiter avec Iturbide et signer le 24 août les accords de Córdoba qui confirmaient le Plan d'Iguala et reconnaissaient l'indépendance du Mexique. L'entrée à Mexico de l'armée dite *des trois garanties*, le 27 septembre 1821, fut triomphale. La Nouvelle Espagne avait vécu.

L'acte final d'indépendance ne fut toutefois signé que le 28 décembre 1821.

En rétrospective, et pour l'ensemble de la période 1808-1821 on peut dire que la participation de la France au mouvement d'émancipation du Mexique fut loin d'être négligeable et qu'elle mériterait d'être mieux connue.

Bibliographie:

- Alem, Jean-Pierre, 1987, *L'Espionnage. Histoire, méthodes*, Lavauzelle, pp. 229-230.
- Auvinet, Gabriel, 2007, *Adrian Woll, un général mexicain... français*, Conférence donnée au siège de l'association Racines Françaises au Mexique, 23 mars, Mexico D.F. Publication en cours.
- Auvinet, Gabriel, 2009, *Doscientos años en la Historia de la Ingeniería en México*, Revista 20/10 Memoria de las Revoluciones en México, N° 5, Otoño, RGM Medios, México, D.F., p. 145, separata.
- Bustamante Carlos María de, 1826, *Suplemento a la historia de los tres siglos de Méjico* de P. Andrés Cavo, Facsímil de la edición mexicana de 1870, publicado por la Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, A.C. en 1998, México.
- Del Castillo Emilio, 1875, *México en el siglo XIX o sea su historia desde 1800 hasta la época presente*. Imprenta de las Escalerillas, México.
- Dénécé, Eric, 2008, *L'implantation des Barcelonnettes au Mexique (1821-1950) : un exemple d'intelligence économique avant la lettre*. Note Historique N°16, 2 août.
- Génin, Auguste, 1930, *Les Français au Mexique, du XVI^{ème} siècle à nos jours*, Nouvelles éditions Argo (NEA), Paris.
- Herrejón Peredo Carlos, 2010, *Versiones del grito de Dolores y algo más*, Revista 20/10 Memoria de las Revoluciones en México, No 5, Otoño, RGM Medios, México, D.F., pp. 38-53
- Luis Mora José María, 1836, *Méjico y sus revoluciones*, Segunda parte, tercer periodo, libro primero, Librería de la Rosa, Paris.
- Llorente, J.A., 1820, *Réclamation adressée à Monsieur le directeur de la Revue Encyclopédique*. Revue Encyclopédique ou Analyse raisonnée, Tome VI, Paris.
- Penot J., 1975, *Les Français et le mouvement d'indépendance du Mexique (1808-1821)*. Nationalisme et Cosmopolitisme dans les littératures ibériques au XIX^{ème} siècle. Centre d'études ibériques et ibéro-américaines, Université de Lille III, pp. 153-197.
- Reinach, Joseph, 1921, *Francia, Histoire illustrée de la France*, Librairie Hachette, Paris.
- Robinson, W.D., 1820, *Memoirs of the Mexican revolutions, including a narrative of the expedition of General Xavier Mina*, Philadelphia.
- Sierra, J., et al. , 1902, *México y su evolución social*, Ballezá, México
- Un citoyen de l'Amérique méridionale, 1817, *Esquisse de la Révolution de l'Amérique Espagnole*, traduit de l'anglais, Paris, P. Mongié l'Ainé, libraire, faubourg Poissonnière N° 18, Paris.
- Zárate Julio, 18880, *La guerra de Independencia (1808 - 1821)*, en "México a través de los siglos", Tomo III. Publicación coordinada por Vicente Riva Palacio.

Annexe

Instructions à M. Desmolard.

On trouvera dans l'annexe de la version espagnole de cette publication le texte des instructions à Desmolard reproduit par José María Luis Mora dans son livre *Méjico y sus revoluciones* (1836) et qui, d'après lui, aurait été publié en Espagne en août 1810. D'autres sources indiquent que ce texte fut publié dans le *Redactor General de España* (n° 129, 21 octobre 1811), puis en Angleterre et aux Etats Unis. Le texte que nous présentons ci-dessous, et dont l'orthographe a été respectée, est une version publiée en français en 1817 dans *Esquisse de la Révolution de l'Amérique Espagnole* (p. 81) dont l'auteur est un anonyme «Citoyen de l'Amérique méridionale». Ce document est en fait une traduction de l'anglais; on peut d'ailleurs se demander si une version originale française a vraiment jamais existé.

Instructions données par le ministère de Joseph Napoléon à M. Desmolard, son commissaire ou agent principal à Baltimore, et à tous ceux qui, munis de ses ordres, iront dans l'Amérique espagnole afin d'y exciter une révolte.

« Le seul but de ces agents, dans le moment actuel, doit être de persuader aux créoles que Sa Majesté impériale et royale n'a d'autre but, en donnant la liberté à l'Amérique espagnole, depuis tant d'années plongée dans l'esclavage, que d'obtenir, pour prix d'une si grande faveur, l'amitié des habitans et le libre commerce avec les ports des deux Amériques; que de rendre l'Amérique espagnole indépendante de l'Europe; Sa dite Majesté offre tous les secours nécessaires de troupes composées de vaillans guerriers, Sa Majesté s'étant entendu a cet égard avec les Etats-Unis du Nord de l'Amérique. Chaque commissaire ou agent en chef s'étudiera à connaître le district dans lequel sa mission le fixera ainsi que le caractère de ses habitans: il n'éprouvera plus alors de difficultés dans le choix des personnes les plus propres à recevoir les instructions nécessaires pour gagner le peuple et lui faire sentir tous les avantages de l'indépendance; il lui fera observer que les sommes immenses qui vont s'engloutir en Europe circuleront alors dans les provinces de l'Amérique, accroîtront leur ressources, leur commerce et leur prospérité; qu'enfin leurs ports seront ouverts à toutes les nations. Ils s'appuieront sur l'avantage que doivent procurer la liberté de l'agriculture et la culture de tous les objets présentement prohibés par le gouvernement d'Espagne, comme le safran, le vin, les olives, le lin, le chanvre, etc. ; les bénéfiques qu'ils retireront de l'établissement de manufactures de toute espèce, de l'abolition du monopole sur le tabac, la poudre à canon et les estampes, etc. Pour parvenir plus facilement à leur but, la plus grande partie de ces peuples n'étant pas civilisés, les agens chercheront à se rendre agréables aux gouverneurs, aux intendants, curés et prélats; ils n'épargneront ni l'argent ni aucun autre moyen de gagner leurs bonnes grâces, spécialement celle des ecclésiastiques; ils doivent engager avec adresse ces derniers à persuader leur pénitens, lorsqu'ils les reçoivent à confesse, qu'il faut saisir l'occasion favorable d'assurer leur indépendance, en profitant des offres de l'empereur des français; que Napoléon est envoyé de Dieu pour châtier l'orgueil et la tyrannie des monarques et que ce serait un péché mortel et irrémissible que de résister à sa volonté. Les agens saisiront toutes les occasions de leur rappeler l'oppression qu'ils éprouvent de la part des Européens, et le mépris avec lequel ils sont traités par eux; ils retraceront aussi à la mémoire des Indiens les cruautés des premiers conquérans de l'Amérique, les infâmes traitements qu'ils prodiguèrent à leur roi légitime; ils détailleront les actes d'injustice auxquels les Indiens sont journellement exposés de la part des indignes fonctionnaires nommés par les vice-rois

et les gouverneurs au préjudice de ceux qui ont droit aux emplois, aux récompenses; ils dirigeront l'attention du peuple sur les talents supérieurs de quelques créoles qu'on laisse dans l'oubli, sur les gens de mérite de la classe obscure, et feront remarquer le contraste avec les officiers publics et les ecclésiastiques européens, incapables de soutenir le parallèle; ils leur feront envisager la différence qui existe entre les Etats-Unis et l'Amérique espagnole, le bien être dont jouissent ces Américains, leurs progrès dans le commerce, l'agriculture et la navigation, le plaisir d'être délivré du joug européen et de ne dépendre que d'un gouvernement choisi par eux-mêmes ; ils assureront que l'Amérique, une fois séparée de l'Espagne, deviendra la législatrice de l'Europe. Tous les agents, tant supérieurs que subalternes, doivent tenir note de ceux qui se déclarent amis de la liberté; les agents subalternes transmettront leurs listes aux agents supérieurs, qui feront leur rapport à mon envoyé aux Etats-Unis: celui-ci m'en informera, afin que je puisse récompenser chaque individu. Mes agents s'abstiendront de déclamer contre l'inquisition ou l'église et, dans leur conversations, ils insisteront plutôt sur la nécessité de ce saint tribunal et sur l'utilité du clergé. La bannière insurrectionnelle portera ces mots: *Vive la religion catholique, apostolique et romaine ! Périssent le mauvais gouvernement !* Ils feront en outre observer aux Indiens combien ils seront heureux quand, redevenus maîtres de leur pays, ils seront délivrés du tribut tyrannique qu'ils payent à un monarque étranger. Enfin ils diront au peuple que leur prétendu monarque est au pouvoir du restaurateur de la liberté, du législateur universel, Napoléon: en un mot, ces agents doivent par tous les moyens possibles chercher à montrer au peuple l'avantage qui résultera pour lui du nouveau gouvernement.»

« La révolution ayant ainsi été préparée, et tous les principaux membres qui doivent y prendre part dans les villes et les provinces ayant ainsi été gagnés, il faudra que les chefs et les agents subalternes accélèrent l'insurrection, afin que la révolte éclate sur les différents points le même jour et à la même heure; c'est un point essentiel qui facilitera grandement l'entreprise. Les principaux agents dans chaque province de leur département et les subalternes dans les lieux qui leur seront assignés, gagneront les domestiques des gouverneurs, intendans et autres personnes puissantes, et, par leur moyen, ils empoisonneront ceux de cette classe qui leur paraîtront opposés à l'entreprise. Cette opération doit précéder la révolution, afin d'écarter tout obstacle. La première chose dont il faudra s'occuper, sera d'arrêter l'envoi du trésor à la Péninsule, ce qui pourra facilement s'effectuer en ayant de bons agents à Vera-Cruz où se rendent tous les vaisseaux arrivant d'Europe. Il faudra sur-le-champ renfermer dans la forteresse leurs officiers et leurs équipages jusqu'à ce que la révolution soit fort avancée. Les agents transmettront de fréquents rapports sur les progrès de la révolution à mon agent aux Etats-Unis. Pour cet effet, il sera convenable de reconnaître les points de la côte les plus favorables, et d'y tenir des bâtiments toujours prêts à mettre la voile au premier signal.»

Joseph Napoléon

« A mon envoyé Desmolard »